

Diálogo vivo ULPGC, 2

**Trinidad Arcos Pereira
Yolanda Arencibia Santana
Maximiano Trapero Trapero**

en diálogo con Antonio María Martín Rodríguez

**La consolidación de los
estudios filológicos**



||| EBOOK

 **ULPGC**
ediciones

Diálogo vivo **ULPGC**, 2
La consolidación de los estudios filológicos

**Trinidad Arcos Pereira
Yolanda Arencibia Santana
Maximiano Trapero Trapero**

dialogan con Antonio María Martín Rodríguez

La consolidación de los estudios filológicos



ULPGC
Universidad de
Las Palmas de
Gran Canaria

Servicio de
Publicaciones y
Difusión Científica

2021

Colección *Diálogo vivo ULPGC*, 2

Directores: Antonio María Martín Rodríguez y Yaya Hernández Guerra

ARCOS PEREIRA, Trinidad

La consolidación de los estudios filológicos / Trinidad Arcos Pereira, Yolanda Arencibia Santana, Maximiano Trapero Trapero dialogan con Antonio María Martín Rodríguez. -- Las Palmas de Gran Canaria : Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Servicio de Publicaciones y Difusión Científica, 2021

1 archivo PDF (91 p.) – (Diálogo vivo ULPGC ; 2)

ISBN 978-84-9042-428-5

1. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Facultad de Filología - Historia
2. Arcos Pereira, Trinidad (1955-) – Entrevistas 3. Arencibia Santana, Yolanda (1939-) – Entrevistas I. Arencibia Santana, Yolanda, coaut. II. Trapero Trapero, Maximiano, coaut. III. Martín Rodríguez, Antonio María, col. IV. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, ed. V. Título VI. Serie
378.4(649.2Las Palmas de Gran Canaria)(091)(047.53)

Thema: JNM, CF, DS, 1DSE-ES-EAAA y DNP

La colección *Diálogo vivo ULPGC* es un proyecto promovido por el Vicerrectorado de Cultura, Deporte y Activación Social de los Campus de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

© de la edición, maquetación y diseño:
Servicio de Publicaciones y Difusión Científica (ULPGC), 2021
<http://spdc.ulpgc.es> · serpubli@ulpgc.es

Esta obra se distribuye bajo una licencia
Creative Commons BY-NC-ND



ISBN: 978-84-9042-428-5 (pdf)
ISBN: 978-84-9042-427-8 (ed. impresa)

<https://doi.org/10.20420/1669.2021.433>

Fotografías: Eduardo Monzón

Diseño del logo de la Colección: Beatriz Dueñas

Diálogo vivo ULPGC en audio y vídeo. Producción del
Laboratorio de Medios de Producción de Televisión ULPGC



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Índice

Presentación del proyecto <i>Diálogo vivo ULPGC</i> a cargo del Rector de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.....	6
Introducción a cargo del Vicerrector de Cultura, Deporte y Activación Social de los Campus	8
Entradilla al segundo número de <i>Diálogo vivo</i> <i>ULPGC</i> a cargo de su moderador.....	10
Transcripción	12
Álbum de fotografías.....	71

**Presentación del proyecto *Diálogo vivo*
ULPGC a cargo del Rector de la
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria**

La vida es memoria. La memoria necesita de las palabras. El intercambio de palabras lleva al diálogo. El diálogo nos da vida. De ahí el nombre de la presente colección, *Diálogo vivo ULPGC*.

Y es que las cosas no se hacen solas, siempre hay alguien que las hace. Y nuestra Universidad necesitó de muchas manos, de muchos esfuerzos individuales y colectivos que la hicieran posible y que la construyeran como la realidad viva que disfrutamos hoy y que pretendemos desarrollar para las generaciones venideras.

Distinguido lector, el libro que tiene ahora entre sus manos (y el vídeo que podrá visionar) es uno de los frutos de un proyecto surgido a raíz de la conciencia de que es necesario recuperar la memoria viva de nuestra Universidad y, además, reconocer el trabajo realizado por quienes han protagonizado la vida de nuestra casa común y han hecho posible que hoy disfrutemos de ella.

Mi abuela solía recordarme que a las personas hay que mostrarles nuestro agradecimiento y homenajarlas en vida. Y qué mejor manera de valorarlas que crear un escenario y un contexto en el que puedan compartir con nosotros cuál ha sido su experiencia de la Universidad, qué problemas afrontaron, cómo vislumbraron las posibles soluciones.

Y por qué no sentar en el ágora de nuestra Universidad, en nuestro Paraninfo, a los protagonistas del devenir histó-

rico de nuestra institución, invitarlos a dialogar de tú a tú en una conversación conducida, guiada y estimulada, alternándose en cada entrega, por los dos directores de la Colección: Adelaida Hernández Guerra, cariñosamente Yaya, quien ha sido responsable de nuestro gabinete de comunicación a lo largo de todos estos años y que ha vivido de primera mano y en primera línea el devenir de la casa, desde sus inicios hasta su realidad actual, con una admirable entrega a su labor; y Antonio María Martín Rodríguez, catedrático de Filología Latina de nuestra Universidad y Director del Servicio de Publicaciones y Difusión Científica.

La colección está coordinada por el Vicerrector de Cultura, Deporte y Activación Social de los Campus, José Luis Trenzado, y responde a las reflexiones en el seno del Equipo de Gobierno, con el Servicio de Publicaciones y Difusión Científica y la propia comunidad universitaria. Tenemos que mantener vivo aquel diálogo que nos engendró y alzar la voz para que se recuerde de dónde venimos y cuál es nuestra misión.

Nuestra intención es promover esta idea, que une a cuantos trabajamos en esta casa común que es nuestra Universidad, y divulgar una amplia colección de libros y vídeos que comparta una instantánea personal de cómo vieron y vivieron nuestra Universidad quienes la han hecho posible a lo largo de los años. Un repositorio de nuestra memoria viva, de modo que podamos preservarla para las jóvenes generaciones actuales y las generaciones futuras. Una buena oportunidad para recordar lo que hemos logrado juntos y animarnos a alcanzar nuevos retos. Siempre juntos.

Feliz memoria.

Feliz diálogo.

Lluís Serra Majem
Rector

Introducción a cargo del Vicerrector de Cultura, Deporte y Activación Social de los Campus

La historia de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria (ULPGC) merece ser contada, de eso no me cabe ninguna duda, pero esta historia no comienza el 26 de abril de 1989, fecha de su creación, sino que viene de mucho más atrás. La Universidad Politécnica de Las Palmas (1979) —luego Universidad Politécnica de Canarias (1984)—, el Colegio Universitario de Las Palmas (1973), y las Secciones de Magisterio (1971) y Empresariales (1972) de la Universidad de La Laguna conformaban el sólido núcleo universitario que, finalmente, con el clamoroso apoyo de la sociedad grancanaria el 7 de julio de 1982 y, en especial, el 19 de mayo de 1988, dio lugar a la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Y desde entonces ya han pasado más de tres décadas.

En el mes de febrero de 2021, en el transcurso de una ya memorable reunión en el Servicio de Publicaciones y Difusión Científica de la ULPGC, el hoy Rector Lluís Serra Majem planteó la necesidad de crear una colección de libros para relatar nuestra historia de una manera diferente. *La historia contada por sus protagonistas*, esa era la sencilla y poderosa idea del Rector Serra. Era necesario, pues, recurrir a los actores principales de nuestra pequeña gran historia. Era preciso, por tanto, acudir a las personas que no solo tomaron las grandes decisiones, sino que también, viviendo su vida diaria, construyeron inconscientemente la historia de nuestra Universidad. El objetivo estaba claro y la oportunidad existía, solo faltaba decidir cómo abordar el proyecto.

Se nos antojaba que la única manera posible de hacerlo era mediante fructíferos encuentros que propiciaran largas conversaciones entre algunas personalidades relevantes de nuestra ya extensa vida académica. Y así lo hemos hecho. De este modo, en cada entrega, uno de los directores de la Colección dialoga con dos o más invitados sobre sus vidas, sus trayectorias profesionales y sus contribuciones a la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Varias cámaras graban para la posteridad ese manifiesto oral y visual de los testigos de nuestra memoria, generándose así un registro audiovisual único y sin precedentes. Estos inestimables documentos visuales y sonoros serán recopilados en repositorios institucionales y de acceso libre para garantizar su preservación y su difusión. Pero no solo eso. Para favorecer aún más su sólida perdurabilidad y en consonancia con la idea primitiva, se decidió que lo registrado oralmente también se pusiera por escrito, siendo el resultado de una de esas transcripciones el libro que ahora, querido lector, tiene usted en sus manos.

Es el tiempo ahora de mirar atrás y sumergirnos en nuestra historia. Es el momento de rememorar cómo eran las cosas en aquellos tiempos cuando ya la Universidad no era de nadie y era de todos. Es la mejor ocasión que se presenta a las generaciones actuales y venideras para identificar los rostros del pasado, fijar sus voces, sus gestos... En algún lado he leído que lo importante no es evitar olvidar, sino querer recordar. Esa es la esencia misma de esta Colección, pues *Diálogo vivo ULPGC* no es más que un ejercicio voluntario, generoso y plural de evocación de aquello que muchos amamos con probada pasión: la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

Feliz lectura.

José Luis Trenzado Diepa
Vicerrector de Cultura, Deporte y Activación Social de los Campus

Entradilla al segundo número de *Diálogo vivo ULPGC* a cargo de su moderador

El lector encontrará en estas páginas la segunda entrega de la colección *Diálogo Vivo ULPGC*, un proyecto editorial del Servicio de Publicaciones y Difusión Científica promovido por el Rector Lluís Serra Majem, cuyo objetivo es conservar la memoria de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria a través del diálogo entre personalidades significativas en su devenir y en su historia, que supera ya los 30 años de vida.

Después de una primera entrega dedicada a los dos primeros rectores de la institución, que desempeñaron un papel esencial en la creación y consolidación de nuestra universidad, con este segundo volumen la colección se abre a recoger las experiencias de destacadas personalidades que protagonizaron ese mismo proceso en cada una de las grandes Ramas, comenzando con la de Arte y Humanidades y, en particular, con el desarrollo de los estudios filológicos.

El contenido de este volumen se corresponde, por consiguiente, con la transcripción del diálogo entre tres profesores pioneros en nuestra universidad de los estudios de Filología, los catedráticos Yolanda Arencibia Santana, Maximiano Trapero Trapero y Trinidad Arcos Pereira, moderados por el director del Servicio de Publicaciones, que se celebró en el Paraninfo Universitario el 14 de julio de 2021. El acto contó con la asistencia del Vicerrector de Cultura, Deporte y Activación Social de los Campus, José Luis Trenzado

Diepa, que presentó a los participantes, y fue grabado con la colaboración del Laboratorio de Medios de Producción de Televisión de la ULPGC.

Antonio María Martín Rodríguez
Director del Servicio de Publicaciones y Difusión Científica

La consolidación de los estudios filológicos
Diálogo vivo ULPGC, 2.
(Transcripción)

Presentación de los intervinientes a cargo del Vicerrector de Culturá, Deporte y Activación Social de los Campus, José Luis Trenzado Diepa

Buenas tardes. Continuamos con la colección *Diálogo vivo ULPGC*, una colección que estamos realizando desde el Servicio de Publicaciones y Difusión Científica de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria dentro del marco del Vicerrectorado de Cultura, Deporte y Activación Social de los Campus. En su primera entrega la colección *Diálogo vivo* congregó a los dos rectores fundacionales, a Francisco Rubio Royo y a Manuel Lobo Cabrera, en un primer volumen donde debatimos y hablamos sobre la formación de nuestra Universidad. A partir de ahora, la Colección irá abriéndose a distintos ámbitos de la Universidad, distintas ramas de conocimiento y distintos estamentos, para intentar extraer lo que perseguimos con ella, que es recuperar y recoger toda la memoria viva de nuestra ya no tan pequeña historia, tras 30 años o algo más de 30 años de existencia como Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

Hoy nos dedicamos al ámbito de las Humanidades. Queremos ver y queremos conocer de la mano de tres figuras absolutamente rotundas, de tres grandes personalidades esenciales en la historia de nuestra Universidad, cómo se crearon los estudios de Humanidades y más concretamente los de Filología, cómo se fraguó todo eso y cómo la realidad, la brillante realidad que es hoy, fue gestándose desde su comienzo. Las tres personalidades que me acompañan hoy son:

La profesora Yolanda Arencibia Santana, que fue la primera catedrática de nuestra Universidad en el ámbito de la Filología. Profesora emérita de nuestra Universidad, es titular de la cátedra Benito Pérez Galdós de la ULPGC desde el año 1995. Desde su creación, fue decana de la Facultad de Filología, cargo que mantuvo durante los diez primeros años de existencia de esta Facultad. Entre los cargos que ha ostentado están también los de Consejera delegada de Educación del Cabildo de Gran Canaria y miembro de la Academia Canaria de la Lengua y, en el pasado año 2015, fue nombrada hija predilecta de Las Palmas de Gran Canaria. Es también hija predilecta de Gran Canaria e hija adoptiva de la villa de Firgas. Es indudable y todos reconocemos que Yolanda Arencibia es una referencia internacional por su investigación sobre la obra de Benito Pérez Galdós. Recientemente ha sido galardonada con el Premio Comillas 2020 de Historia, Biografía y Memorias por *Galdós. Una biografía*, una obra que narra de manera absolutamente magistral la vida del periodista y escritor canario.

Junto a Yolanda Arencibia está otra de las grandes personalidades de esta Universidad, la profesora Trinidad Arcos Pereira, catedrática de Filología Latina, y, sin duda, una referencia en el departamento de Filología Hispánica, Clásica y de Estudios Árabes y Orientales. Con una amplia y dilatada trayectoria investigadora en Filología Clásica, fue también secretaria del Departamento de Filología Española, Clásica y Árabe y de la Facultad de Filología, y directora de Selección y Relaciones con las Organizaciones Sindicales en el Vicerrectorado de Profesorado. Ha sido también coordinadora del grupo de investigación *Juan de Iriarte*, directora de los Programas de Doctorado de Clásicas, vicerrectora de Comunicación, Calidad y Coordinación Institucional y, aunque de una manera episódica

pero no por ello menos efectiva, fue también la primera y única rectora hasta ahora de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, durante el periodo de octubre de 2016 a enero de 2017.

Completa la terna otra gran personalidad, otra personalidad esencial de nuestra Universidad, el profesor Maximiano Trapero. Maximiano Trapero es catedrático emérito de Filología Española de nuestra Universidad. Su intensa labor investigadora se ha desarrollado principalmente en los campos de la semántica léxica, de la toponimia, de la poesía oral tradicional y de la poesía improvisada en el mundo hispánico. El profesor Trapero ha recibido numerosos premios, entre ellos, la Medalla de Oro de Canarias en el año 2003, el Premio Internacional “José Vasconcelos” del Frente de Afirmación Hispanista de México en 2009, el Premio Canarias de Patrimonio Histórico en el año 2017 y en 2019, el Premio de Investigación Filológica de la Real Academia de la Lengua en todo el ámbito de la Hispanidad por su *Diccionario de toponimia de Canarias: Los guanchismos*.

Para acompañar a esta terna imbatible de personalidades está otra personalidad también, que es Antonio María Martín Rodríguez, catedrático de Filología Latina de nuestra Universidad, que, en este caso, además de moderador, hace las veces de maestro de ceremonias porque en la actualidad es también director del Servicio de Publicaciones y Difusión Científica de la Universidad y, en buena medida, responsable de esta Colección.

Creo que no se puede pedir más de una sola vez, y solo espero y deseo que el debate sea fructífero, que se diviertan, que lo pasen bien y, sobre todo, que nos dejen el recuerdo de ese testimonio que anida en ustedes y que hoy, espero, podamos brindar al resto de la comunidad universitaria. Muchas gracias a todos por venir.

Y.A.S.: Yolanda Arencibia Santana

T.A.P.: Trinidad Arcos Pereira

M. T. T.: Maximiano Trapero Trapero

A.M.R.: Antonio Martín Rodríguez



A.M.R.— Muchas gracias, Sr. Vicerrector, por esta presentación. Y, para comenzar, quiero decir que para mí es también un placer poder participar, aunque sea a título de moderador, en este debate, en esta segunda entrega de la colección *Diálogo Vivo ULPGC*. En primer lugar, por tratarse de tres personas que, como ya se ha señalado, han hecho y siguen haciendo una aportación destacada a la Universidad ya sea en el plano de la docencia, de la investigación o de la gestión. Y, por otra parte, porque, junto con el añorado profesor José Antonio Samper, que era entonces el director del Departamento de Filología Española, fueron para mí unos referentes cuando yo me incorporé a esta Universidad en 1996. Yolanda Arencibia era entonces la decana de la Facultad de Filología; Trinidad Arcos, la coordinadora del área de Filología Latina, en la que yo me integraba, y Maximiano Trapero, junto con Yolanda, el único catedrático entonces del Departamento y de la Facultad.

Yo también traía aquí unas pequeñas notas de presentación, pero, como ya el Vicerrector me ha eximido de desarrollarlas con las suyas, voy a animarme a empezar con una pequeña anécdota que no sé si en alguna ocasión te he contado, Maximiano, que tiene que ver con la primera vez que me fijé en ti, en una reunión de Departamento. Yo venía de Madrid y me resultaba curioso y un poco cantarín

el acento canario de todas las personas a las que oía, pero de pronto tomó la palabra el profesor Maximiano Trapero y me quedé pasmado, porque, hablando de voces cantarinas, esta no era cantarina, sino súper cantarina. Recuerdo que pensé para mí: “Desde luego, este hombre no es que hable, es que paladea las palabras”. La verdad es que fue la primera impresión de aquella época. [Risas].

Ya han pasado 25 años de este primer encuentro, pero todavía tengo trato frecuente y yo creo que, hasta cierto punto, incluso estrecho, con Trinidad y con Maxi, porque nos vemos con frecuencia en el Obelisco [sede de la Facultad de Filología]. Yolanda nos honra menos con su presencia, porque está siempre entregada a una actividad infatigable (y envidiable para los que somos más jóvenes) en la Cátedra Pérez Galdós y la verdad es que se prodiga menos. Pero, de todas maneras, Yolanda, tengo que decirte que también has estado en mi mente durante estos últimos meses, al hilo de la lectura de tu monumental biografía de don Benito, a la que se ha hecho referencia antes, y la verdad es que me ha parecido una obra casi definitiva, y digo casi no porque le quiera poner algún “pero”, sino porque en el mundo de la ciencia todo es “casi”, pues ya sabemos que todo lo que hacemos tendrá que ser superado en algún momento, con un poco de suerte por nosotros mismos y, si no, por algún otro que venga después.

Para romper un poco el hielo, me gustaría preguntarles, en el orden que ustedes deseen contestar: ¿cómo surgió, por decirlo así, su vocación académica?, ¿cómo decidieron cursar las licenciaturas que luego cursaron?, ¿qué peso tuvieron en ello sus maestros?, ¿ya tenían clara desde el principio la idea de convertirse en profesores de universidad, o esto surgió a lo largo de su recorrido académico?

Y.A.S.— Yo era profesora de instituto cuando nació la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Entonces,

ni sabía ni creo que tuviera la idea de ser profesora universitaria, porque no había Universidad en Las Palmas cuando yo obtuve mi cátedra de instituto; en aquel tiempo la provisión de cátedras se hacía por concurso nacional y yo conseguí destino en Gran Canaria. Yo sí fui investigadora antes de ser profesora universitaria, porque cuando se produjo aquella gran manifestación del año 1982 que dará lugar a la Universidad, yo ya había leído mi tesis doctoral el año anterior. Así que la llegada de la Universidad de Las Palmas me encontró siendo doctora, pero catedrática de instituto. Y algunos compañeros me decían que por qué iban a hacer el doctorado si no iban a ir a ninguna universidad y yo les decía: “Y yo tampoco, pero estoy investigando y quiero seguir investigando”. O sea, fui investigadora antes que profesora universitaria, pero profesora lo fui desde que empecé en el instituto. Luego, la investigación se unió a la gestión cuando entré en la Universidad, casi inmediatamente; aunque antes nos iniciamos en el Colegio Universitario, donde en principio no dependíamos de nadie y luego de la Universidad de La Laguna, ¿te acuerdas Trini? y llegamos a ser para la Universidad de La Laguna su “patrimonio intelectual” en Las Palmas. Maxi, te acordarás de que tú y yo hicimos la titularidad de Universidad —me parece que fue el mismo año— cuando todavía no había Universidad en Las Palmas...

M.T.T.— Yo quiero contar una anécdota sobre eso.

Y.A.S.— ...y nos dejaron, perdón, nos atrevimos a presentarnos —sin existir todavía esta Universidad— como profesores del Colegio Universitario de Las Palmas pero que dependíamos de la Universidad de La Laguna, con la oposición total de la Universidad de La Laguna, que no nos dejaba examinarnos. Maximiano y yo encontramos —creo que fuimos casos únicos ese año— encontramos

un catedrático de universidad que se responsabilizaba de ser nuestro presidente de tribunal, en tu caso, Maxi, fue Ramón Trujillo y en el mío fue María Pilar Palomo, de Madrid; ellos formaron el tribunal y si, al final, si después de haber sido examinados y haber aprobado —porque aprobamos los dos— el procedimiento no valía, pues entonces nos quedábamos sin la titularidad de Universidad, ¿te acuerdas Maxi?

M. T. T.— Yo tengo una versión un poquito diferente en la resolución, pero creo que esa anécdota merece conocerse y relatarse, porque está en el embrión de las dificultades grandes que tuvo la creación de la Universidad de Las Palmas.

Y. A. S.— Sí, sí, claro.

A. M. R.— Pero esa es la segunda pregunta, ahora estamos en la vocación. [Risas]. Creo, Yolanda, que, en alguna ocasión, hace años, te he oído comentar que tú en realidad cursaste Filología Románica.

Y. A. S.— Es que hay antigüedades y antigüedades, Antonio María, y en aquel tiempo, la titulación se llamaba Filología Románica, luego se ha llamado Filología Hispánica, Filología Española... y, como en realidad viene a decir lo mismo... pero mi titulación fue Filología Románica. No sé si la de alguno de ustedes...

T. A. P.— Yo soy de la primera promoción de Filología.

Y. A. S.— O sea que eso ha ido cambiando oficialmente, vamos a decir, siendo lo mismo.

A. M. R.— Pero quiero decir que siempre, Yolanda, tu interés primordial fue la literatura española.

Y. A. S.— Sí, sí, por supuesto. Yo me tropecé con don Benito Pérez Galdós porque había, en aquel tiempo, un di-

rector de la Casa-Museo Pérez Galdós que se llamaba Alfonso Armas Ayala, que había sido profesor de instituto mucho antes que yo y me conquistó, de alguna manera, para meterme en aquella Casa.

«Yo empecé a investigar directamente con los papeles de don Benito y a mí aquello me llenó del todo»

Yo empecé a investigar directamente con los papeles de don Benito y a mí aquello me llenó del todo. Como en aquel tiempo yo era profesora de instituto y podía disponer de tiempo libre..., mis investigaciones empezaron a centrarse en la Casa-Museo Pérez Galdós y fue una riqueza tan grande de documentación la que me encontré allí, y con unas perspectivas de futuro tan interesantes, que, pese a que yo creía, como muchos de nosotros, que sobre Galdós todo estaba dicho, cuando empecé a investigar me encontré con un mundo que me entusiasmaba. Entonces no me planteé si iba a ser profesora de universidad, porque no lo iba a ser; hacía mi tesis doctoral porque me daba la gana, sin necesitarla para nada. Así que me puse en primera fila de la investigación galdosiana en España y América sin ser profesora de universidad. Después resulta que me encontré en una universidad, como titular de universidad, porque yo era catedrático de instituto, pero tuve que hacer la titularidad; hubo catedráticos de instituto que no la tuvieron que hacer, pero yo sí, porque me cogió un momento malo, después tuvieron más suerte los que vinieron detrás, pero no importa.

Y me vi, primero, de directora del Colegio Universitario y, después, de decana de la Facultad. En el Colegio Universitario trabajamos muchísimo, yo iba allí los sábados y los domingos a rellenar papeles, ¿te acuerdas, Trini?, y digo Trini porque también estaba allí al pie del cañón. Luego,

ya como decana de la Facultad de Filología, aprendí a matricular a los alumnos con la persona de la administración que estaba aprendiendo, como yo, a hacerlo, y me metía en la Secretaría a ayudar. Yo era la decana de la Facultad, pero allí hacíamos de todo, con mucha ilusión, con mucho placer y con mucha entrega. Éramos, y estoy hablando ahora de la Facultad, un centro muy, muy unido, Clásicas, Hispánicas y Filología Inglesa (Clásicas e Hispánicas más, claro, porque teníamos ya profesores titulares). Filología Inglesa tenía más problemas, pero saben los de Filología Inglesa que cuando yo fui decana me empeñé en que el primer título que sacáramos allí fuera Filología Inglesa, que era el más demandado por la sociedad. Existía Traductores e Intérpretes. Y no te creas que había mucha gente que apostara en aquel momento por Filología Inglesa, ¿recuerdas, Trini? Dimos el do de pecho para que hubiera Filología Inglesa. Yo dije entonces que cuando tuviéramos la titulación de Filología Inglesa, cesaba de decana y hasta que no se aprobó estuve en el cargo, once años. Cuando se aprobó, a los dos meses, dimití del Decanato, porque quería hacer otras cosas y eso es una verdad como un templo.

A.M.R.— Y, tú, Trini, ¿siempre tuviste la idea de estudiar Filología Clásica o te vino la vocación en algún momento posterior?

T.A.P.— La verdad es que, como en todas las cosas, los maestros siempre son importantes y, en este caso, los maestros de bachillerato. En aquel momento, el bachillerato lo empezábamos muy prontito y yo tuve la inmensa suerte de tener dos profesoras magníficas de latín: la primera se llamaba Bellita y la tuve en el antiguo tercero de bachillerato; y la otra, que se llamaba Ana María Alises, la tuve en COU, cuando el COU se estaba implantando. Si la primera me dio los fundamentos del latín, con Ana María Alises yo descubrí que los textos latinos eran realmente

algo fantástico y eso me decidí, primero, a hacer Filología, que inicié en un año muy característico, que fue el año de la implantación del famoso calendario juliano —que me imagino que la mayoría de ustedes no recuerda— y que fue cuando a alguien [Julio Rodríguez Martínez, ministro de Educación y Ciencia] se le ocurrió que el curso debería comenzar en enero [La reforma afectó al comienzo del curso 73-74]; después, afortunadamente, alguien con más cabeza decidió que eso no podía ser así. Así que mi primer curso en la Facultad empezó en enero y terminó en julio. Cuando yo llegué a la Facultad me gustaba mucho Clásicas, pero también allí tuve magníficos profesores y fueron los que ya definitivamente me decantaron hacia la Filología Clásica. Y, después, tuve suerte en la carrera de tener a profesores fantásticos como Alberto Díaz Tejera, como Juan Gil, como Enrique Ramos [Enrique Ángel Ramos Jurado], como [José Antonio] Correa... Creo que compartimos...

A.M.R.— Te comprendo perfectamente, porque yo he pasado por los mismos profesores y la verdad es que, ya que salió antes el tema de los profesores de instituto, sabemos que es una tarea muy ingrata y muchas veces parece que la labor que están haciendo no vale para nada, pero es que cuando te estaba oyendo, Trini, me decía: “Es que ha sido la misma experiencia mía”. Yo, en realidad, siempre fui un enamorado de la cultura francesa y quería estudiar francés, pero en bachillerato tuve un profesor buenísimo de latín que era don Antonio Menéndez, que, por cierto, era de Lengua Española, pero daba Latín y a mí me parecía un señor muy mayor, aunque seguro que era más joven que yo ahora y la verdad es que este hombre, pues lo mismo que tú estás diciendo, me hizo ver que el latín era una lengua, por una parte, preciosa y, por otra, casi matemática. Todo eso me orientó, al menos, como a ti, a la Filología y, después, cuando llegué a la universidad

y tuvimos aquel plantel que teníamos, aquello me decidió.

T.A.P.— Y, después, mi vida en ese aspecto es muy paralela a la de Antonio, a la de Yolanda y a la de Maxi. Es decir, los cuatro hemos sido profesores de bachillerato primero, hemos sido catedráticos de instituto y ninguno de los cuatro teníamos intención, en principio, de ser profesores universitarios, porque no había universidad.

«**Cuando llegué aquí me encontré en mi casa**»

A mí, además, me destinaron aquí [a Gran Canaria] en una de las últimas oposiciones nacionales celebradas en las que desperdigaron a todos los opositores por todo el país. Cuando llegué aquí me encontré en mi casa y, por tanto, ya no pedí, como muchos hicieron, el traslado a la Península al año siguiente, algo que, entonces, se podía hacer. No tuve en ese momento una dedicación investigadora tan clara como la de Yolanda o como la de Maxi, porque aquí no había nada de latín, no había nada de clásicas. Cuando yo llegué aquí había muy buenos profesores de bachillerato, pero no había ningún núcleo de investigación importante ni siquiera significativo. Lo que sí hicimos era reunirnos un grupo, que luego ha formado parte de la Universidad, para trabajar en otra cosa que no fueran solo las clases. Es decir, una cosa eran las clases, que eran muy importantes, pero yo siempre he tenido claro que no había hecho Filología Clásica solo para enseñar latín, sino para seguir estudiando después, sin ningún tipo de mira investigadora, sino simplemente con el deseo de estudiar, seguir aprendiendo y seguir viendo textos. Cuando tuve la opción de entrar en la UNED — que era el único centro universitario que en aquel momento existía [en Gran Canaria]— como tutor, eso me permitió

entrar en contacto con otros textos que no eran los normales ni los habituales. Un paso más fue cuando se crean los estudios de Humanidades en el Cabildo, tanto por su propio impulso como a consecuencia de la gran manifestación del 82, que fue una de las primeras que hubo; porque no solamente hubo la gran manifestación del 89 que crea la Universidad, sino también esa del 82 por la que se crean antes los estudios de Humanidades en el Colegio Universitario, que entonces solo contaba con los estudios de Medicina.

Y.A.S.— Sí, claro, esa es la del 82, porque por la que se crea la Universidad fue la del 89.

T.A.P.— Sí, esa fue la manifestación del 82... La creación de los estudios de Humanidades me dio la posibilidad de poder entrar en el Colegio y con el catedrático de la Universidad de La Laguna, Miguel Rodríguez-Pantoja, que había sido mi profesor también en Sevilla, vimos qué tipo de tesis se podía hacer, porque aquí no había una biblioteca que realmente permitiera que se pudiera hacer cualquier tipo de tesis.

**«Hasta tal punto no había biblioteca que
los alumnos del CULP estudiaban con
nuestros libros»»**

Entonces, Miguel Rodríguez-Pantoja decidió que era mejor hablar con Lisardo Rubio [entonces un prestigioso catedrático de Filología Latina de la Universidad Complutense] para hacer una tesis sobre un manuscrito —algo aparentemente muy árido y que, sin embargo, a mí me ha dado una formación muy importante a la hora de enfrentar otro tipo de temas— porque era algo que, con un microfilm y horas de dedicación, se podía hacer; era lo que realmente se podía hacer en aquel momento. Hasta

tal punto no había biblioteca que los alumnos del CULP estudiaban con nuestros libros. Es decir, era frecuente que los profesores lleváramos los libros para que los alumnos pudieran estudiar, porque el Colegio era de Medicina y, además, en una situación económica no excesivamente boyante.

Y.A.S.— El Cabildo nos dio aquel año 100.000 pesetas a nuestra División para comprar libros, pero antes de eso los libros con los que estudiaban los alumnos y los que empleábamos en clase eran libros nuestros que llevábamos de nuestras casas.

T.A.P.— A partir de ese momento y, luego, de la creación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, se produce un apoyo muy importante de Paco Rubio, algo que creo que hay que destacar, porque permitió que pudiéramos traer a profesores de fuera que nos ayudaron a tener otro tipo de visión de lo que habíamos hecho hasta ese momento. En nuestro caso fue Emilia Ruiz Yamuza, catedrática de Griego de la Universidad de Sevilla; a partir de ahí empezamos con proyectos de investigación y todo lo que hay ahora mismo, tanto de latín como de investigación, pues se debe a dos ramas muy claras, una la que hacemos en el grupo, y otra la que hace el grupo de Antonio, que yo creo que son dos grupos que tienen una proyección en España y, en muchos casos, internacional, lo que, cuando empezábamos en el 82, ninguno podía pensar que iba a poder suceder.

A.M.R.— Bueno, y tú, Maxi, siempre fuiste... porque recuerdo que fui testigo de tu desgarró en el momento en el que el Ministerio decidió escindir el área de Filología Española en Literatura Española y Lengua Española y yo recuerdo oírte preguntar allí en el Departamento: “Pero, bueno, ¿no es posible que yo me adscriba a las dos áreas?”,

¿tengo necesariamente que cortar una parte de mi investigación y de mis intereses?”.

Aunque, bueno, también recuerdo que leí tu tesis sobre el campo semántico de “deporte”, porque yo también estaba haciendo la mía sobre campos semánticos, y entonces siempre entendí que, inicialmente, eras más bien lingüista; pero ¿qué te atraía más, la lingüística, la literatura o las dos cosas en bloque?

M. T. T.— Yo soy catedrático de Filología, de Filología Española, y considero que la Filología atiende por igual y debe atender por igual a la lengua y a la literatura. Por lo tanto, yo en aquel momento me sentí en un terreno de nadie, porque, efectivamente, yo quería ser filólogo, no o lingüista o literario y, entonces, todo esto tiene que ver algo con mis inicios.

«Yo soy catedrático de Filología, de Filología Española, y considero que la Filología atiende por igual y debe atender por igual a la lengua y a la literatura»

Desde chiquillo a mí me atraían más las asignaturas de Letras que las de Ciencias, que es como se dividían las orientaciones futuras, así que yo tenía bien claro que quería hacer Filología. Yo inicié mis estudios universitarios en Madrid, en la Complutense, pero por otras circunstancias los continué y los finalicé en la Universidad de La Laguna y cuando finalicé el quinto año de Románicas, —efectivamente se llamaba Románicas— hice mi tesina, que era lo que entonces se llevaba, sobre un campo semántico. En aquel momento estaba en auge el fenómeno de la semántica estructural tras los estudios de Eugenio Coseriu, que había tenido en España un continuador y un divulgador fundamental, que fue Gregorio Salvador, catedrático de

la Universidad de La Laguna y, entonces, decano de la Facultad de Filosofía y Letras. Así que todos o la gran mayoría de los que finalizábamos la licenciatura y queríamos continuar en la investigación teníamos una puerta bien marcada que era la semántica estructural. El campo de estudio en mi caso era el campo semántico “deporte”. Recuerdo muy bien que en mi tesina participó un muy amigo mío posterior, catedrático de Historia, un hombre muy prestigioso y hombre grande, también, para Canarias, que fue Antonio Bethencourt, y me decía que cómo podía compaginarse la semántica con el deporte.

A.M.R.— Otro deporte difícil, desde luego. [Risas].

M.T.T.— Un poco difícil. [Risas]. Y recuerdo muy bien que él dijo entonces que el único deporte que practicaba era fumar, porque yo establecía que en la base semántica de la palabra “deporte” estaba el sema, el rasgo semántico “diversión”, “recreación”, por lo cual se justificaba que el único deporte que él practicaba era el de fumar. [Risas]. Aquello me daba opción a ser profesor ayudante de la Universidad de La Laguna y, en esa condición, inicié mi tesis doctoral, que finalicé en el año 76, con el campo semántico “deporte” y dirigida ya por Ramón Trujillo. La tesina me la había dirigido Gregorio Salvador, pero era ya tal el cúmulo de alumnos que querían hacer sus tesis doctorales sobre semántica que, como ya en ese momento Ramón Trujillo había destacado como brillante investigador de la semántica, Gregorio Salvador me desvió a Ramón Trujillo y yo fui su primer alumno de tesis doctoral. Por circunstancias familiares, mi mujer y mis tres hijos en aquel momento nos trasladamos a Las Palmas, y en Las Palmas no había entonces universidad, con lo cual tuve que optar por la vía del instituto. Primeramente, fui profesor agregado, obtuve esa plaza, pero, en aquel momento, a aquellos profesores nos destinaban un año de prácticas

a lugares diferentes de la residencia, y yo elegí Cangas del Narcea en Asturias, donde había estudiado mi primer año de estudiante de un convento de frailes, en Corias, que, por cierto, se ha convertido en uno de los últimos Paradores Nacionales, y de los mejores, pues el edificio es extraordinario; lo llaman “El Escorial de Asturias”. Y allí me trasladé con mi mujer y mis tres hijos. Aquel año fue revelador, porque me surgió algo fundamental. Como yo era ya profesor de instituto de Literatura, recordé que, en mis memorias de niño, había algo que me había marcado muy especialmente, que era la representación teatral que se hizo en mi pueblo, un pequeño pueblo de unos 500 habitantes, de León, típico pueblo rural de Castilla y León, de la meseta, de Tierra de Campos, unas representaciones teatrales llamadas *Pastoradas* vinculadas a la Natividad, unos autos pastoriles de origen remoto y transmitidos oralmente en los que se representaba el nacimiento del niño Jesús y la adoración de los pastores. Aquello a mí me había marcado y la memoria la tenía muy fija, de tal manera que, ya como especialista en Literatura, quise estudiar a fondo aquella tradición, y la Fundación Juan March me concedió una beca para ello. En aquel momento, las becas de la Fundación Juan March eran muy prestigiosas y te permitían estudiar a fondo el objetivo marcado. Así que mi primera investigación fue recorrer todos aquellos pueblos de la provincia de León donde había memoria de representaciones de esos autos pastoriles.

Bien, me regresé nuevamente a Canarias, obtuve la cátedra de instituto, me mandaron a San Nicolás de Tolentino y, posteriormente, a Agüimes. [Risas]. La carrera de los profesores de instituto para obtener una plaza definitiva era algo parecido a lo que sucedía en la Guardia Civil o en el Ejército, que tenías que pasar por todos los escalafones y todos los destinos que te propusieran, casi sin opción

de elegir. Estando en Agüimes, —ahí fue otro momento clave— un día, en la sala de profesores que compartíamos todos los profesores, vi una convocatoria de la Cátedra-Seminario Menéndez Pidal de Madrid en donde ofertaban veinte becas a jóvenes investigadores que quisieran iniciarse en el estudio del romancero. La convocatoria la firmaba Diego Catalán, nieto de Menéndez Pidal, y me dije: “Esta es la mía”, porque yo tenía muy claro desde el principio que la literatura oral y, específicamente, el romancero era algo que me atraía muy poderosamente. Solicité la beca para participar en un cursillo teórico-práctico, me la concedieron, asistí a un primer cursillo en Segovia que consistía en una semana de cursillo teórico y, después, otra semana de salir al campo a hacer encuestas de campo. Aquello se prolongó durante siete años y así, con un grupo ya bastante especializado de jóvenes investigadores sobre el romancero, recorrimos gran parte de la mitad norte de la Península haciendo encuestas de campo, pensando que era, posiblemente, el último momento en donde pudieran rescatarse los romances tradicionales que habían estado en la oralidad durante siete siglos, pero para los que la sociología del momento daba prácticamente la muerte definitiva.

«Conocí la sociología del campo español, la sociología de los hombres y mujeres que habían sido poseedores de ese patrimonio tradicional del romancero y de otros fenómenos de la literatura oral»

La experiencia fue fundamental, decisiva para una parte de mis investigaciones futuras; conocí la sociología del campo español, la sociología de los hombres y mujeres que habían sido poseedores de ese patrimonio tradicional del romancero y de otros fenómenos de la literatura oral, no

solamente del romancero, y aquello me marcó definitivamente... hasta que se crea el Colegio Universitario de Las Palmas. Yo no entré en el primer momento, entré en el año 1984, es decir, dos años después de haberse creado el Colegio. Ratifico todo lo dicho por Yolanda y Trini sobre el Colegio Universitario; aquello no era pobre, era paupérrimo, hasta el punto de que, en los exámenes, teníamos que llevar nosotros los folios de nuestra casa. Recuerdo que en la oposición que hice como Titular en el año 1988...

Y.A.S.— En el año 85...

M.T.T.— No, creo que la oposición fue en el año 88 por lo que voy a decir ahora. Fue mi mujer quien tuvo que llevar las botellitas de agua y unos sándwiches al Tribunal que juzgaba la oposición, porque en el Colegio Universitario no había dónde coger un vasito de agua. Y digo esto porque, efectivamente, la convocatoria la hizo la Universidad de La Laguna, de quien dependíamos, pero en el momento de los trámites esos en los que ya nos convocan y nos nombran...

Y.A.S.— Sí, la convocó la Universidad de La Laguna, pero para docencia en el Colegio Universitario de Las Palmas.

M.T.T.— ... pero, una vez que sacamos esa oposición, la Universidad de La Laguna no quería ceder nuestras plazas, que eran de la Universidad de La Laguna, a la Universidad de Las Palmas. Y hubo un conflicto y tuvimos que intervenir judicialmente...

Y.A.S.— Sí, sí, sí, un conflicto muy importante.

M.T.T.— ... hasta que, finalmente, políticamente se resolvió la situación diciendo que éramos ya profesores no ya de la Universidad Politécnica sino de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, constituida ya como tal. Esos fueron mis inicios y para responder finalmente a esa

diversidad de orientación de lengua y literatura, yo siempre me he considerado un filólogo y en todas mis investigaciones he compartido investigaciones netas de lingüística con investigaciones netas de literatura. Bien es verdad que en la literatura me orienté a aspectos de la literatura que estaban muy descuidados en Canarias, como era la literatura oral, en el campo, primero, del romancero, después, del cancionero de tradición oral y, finalmente, del fenómeno de la décima y de la poesía improvisada. Pero, igualmente, le he prestado tanta atención o más a aspectos de la lengua como es la toponimia, como es el estudio de la lingüística guanche...

A.M.R.— Sí, es que quizás daba la impresión en ese momento de que, a lo mejor, esto era el comienzo de un proceso, un proceso de escisiones dentro de las áreas de conocimiento, pero lo cierto es que eso se detuvo en Filología Española, porque luego ninguna otra de las áreas filológicas, ni Filología Inglesa, ni Filología Latina, por ejemplo, se dividieron; se consideró que las personas que trabajábamos en esas áreas teníamos que ser filólogos, unos tendríamos un perfil más lingüístico, otros un perfil más literario, pero solo en el área de Filología Española se produjo esa escisión.

M.T.T.— Yo creo que aquello tuvo como una respuesta o una iniciativa de copiar a lo americano. La palabra “filología” sonaba mal, sonaba mal; era mucho más prestigioso “lingüística”, era muchísimo más prestigioso la “lingüística” y entonces, pues bueno, se optó por eso, pero fue algo que se hizo a nivel de toda España, no solo fue una decisión de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, de nuestro Departamento.

Y.A.S.— Sí, fue una decisión nacional.

T.A.P.— Sí, fue nacional.

M.T.T.— Absolutamente.

A.M.R.— Creo recordar que todo esto pasó, en realidad, por un problema logístico, que se creó con el sistema de oposiciones que había, que ustedes recordarán, que la Universidad ponía dos miembros y tres se ponían por sorteo. Se estaba produciendo una especie de boicot en las oposiciones de Filología Española, porque, cuando la plaza salía con un perfil lingüístico, si el que salía por sorteo era de literatura, se negaba a participar, y a la inversa; esto creaba unos problemas administrativos tremendos y yo creo que, al final, como la mayor parte de las plazas que salían en Humanidades eran de Filología Española, decidieron cortar, pero, desde luego, sin ningún criterio científico, sino solamente operativo.

Pero, ya que estamos en lo del Colegio Universitario, hemos visto un poco también el problema, era una entidad que dependía, como ustedes han dicho, de la Universidad de La Laguna y que no quería soltar. Lo que quería preguntar ahora es que, evidentemente, entiendo que para ustedes y para las personas de Las Palmas, la creación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria sería un acontecimiento jubiloso, por una parte, y por otra parte, muy positivo, pero ahora, mirándolo retrospectivamente, ¿creen que se perdió algo al romper la vinculación con La Laguna?, ¿fue estupendo romper esa vinculación?, ¿creen que habría sido mejor, por decirlo así, un sistema como hay en algunas universidad americanas, una única de Universidad de Canarias con diversas universidades autónomas unas de otras, o es mejor el sistema que tenemos, por un lado la Universidad de La Laguna y, por otro, la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria?

M.T.T.— Mi opinión es que era lo que tocaba hacer en aquel momento. Se estaban creando universidades regionales y locales en toda España. Se creó la Universidad de

Burgos, cuando estaba la de Valladolid; la de León, cuando estaba la de Salamanca, la de Madrid, la de Oviedo... Por lo tanto, yo creo que en aquel momento se hizo muy bien. La ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, la isla de Gran Canaria y la provincia de Las Palmas, dentro de este contexto del movimiento generalizado que había en España, necesitaba —requería y necesitaba— una universidad con más razón que aquella proliferación de universidades peninsulares, teniendo en cuenta la condición insular. Yo, en principio, no era partidario de la creación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, pues me parecía que había una universidad canaria que sería mucho más potente; ahora estoy convencido de que fue un gran acierto y que tan necesitada estaba Gran Canaria y Las Palmas de Gran Canaria de una universidad, como lo estaba Burgos, como lo estaba León, o como lo estaba Murcia. Esa es mi opinión.

A.M.R.— Yo me refería un poco —que este tema también salió en el debate que hubo con los dos primeros rectores de la Universidad de Las Palmas— un poco a algo parecido al sistema universitario de California, donde claro, una cosa es Berkeley y otra San Diego, cada una tiene su autonomía, pero ambas pertenecen a la Universidad de California. Esa era la duda. ¿Y tú, Yolanda?

M.T.T.— Exacto.

Y.A.S.— Yo quería recordar que cuando nació el Colegio Universitario no pertenecía a la Universidad de La Laguna; nació...

T.A.P.—Exactamente, por iniciativa del Cabildo [de Gran Canaria].

Y.A.S.— ...nació unido a los estudios universitarios de Medicina de Las Palmas que ya existían; como existía, mucho más ligado a La Laguna, lo que era Arquitectura

y también algunas especialidades de Ciencias. Sin embargo, de Humanidades no había nada. Entonces, después de aquella manifestación del 7 de julio de 1982 se creó Filología, pero se creó Filología por crear algo de Humanidades, porque tampoco te creas que había mucho interés por las Humanidades, ¿verdad, Trini?

T.A.P.— Es verdad, ninguno.

Y.A.S.— Pero había que hacer algo de Humanidades. Y, entonces, nacimos dependiendo del Cabildo. Dos años más tarde fue cuando La Laguna, viendo que ya había en el Colegio Universitario de Las Palmas un grupito de alumnos de Filología que ya había terminado primero, — porque el primer año solo hubo primero; el segundo, primero y segundo; el tercero primero, segundo y tercero— y que ya íbamos para adelante, entonces fue cuando La Laguna acogió al Colegio Universitario de Las Palmas, que en aquel momento ya contaba con los estudios de Filología, Geografía e Historia...

T.A.P.— Historia y Derecho.

Y.A.S.— ... y Derecho. En aquel momento nosotros pasamos a ser profesores de la Universidad de La Laguna, éramos “patrimonio intelectual” de aquella Universidad —eso se nos dijo cuando se negaron a convocar los exámenes para nuestras plazas de titulares—. Yo era catedrática de instituto y, cuando empecé en el Colegio Universitario, daba clases por la mañana en el instituto y por la tarde en el Colegio Universitario, porque el Cabildo nos pagaba más o menos y si podía ser, pero no teníamos el tema muy claro. Recibía mi sueldo como catedrática de instituto, pero el Cabildo pagaba mi trabajo en el Colegio Universitario cuando y como podía. Trini estaba en las mismas condiciones...

T.A.P.— Sí, sí.

Y.A.S.— ...Trini, José Antonio [Samper] no, porque se creó... Traductores [Traducción e Interpretación]...

T.A.P.— ...no, porque estaba con los Traductores. [La Escuela Universitaria de Traducción e Interpretación se crea en el curso 1988-1989 en el seno de la Universidad Politécnica de Canarias y permitía adscribir a profesorado de bachillerato en régimen de comisión de servicio, sin merma de salario].

Y.A.S.— ... sí, también Manolo Sánchez Artiles...

T.A.P.— Sí, también Manolo Sánchez Artiles.

Y.A.S.— Sí, unos cuantos... Como teníamos dos trabajos y el PSOE acababa de subir al poder —durísimo— y no se podían tener dos trabajos, sino uno, entonces el primero no nos lo pagaban entero, sino solo la base —Trini y yo muchas veces hicimos cuentas del dinero que habíamos perdido—; luego el Cabildo nos pagaba, me parece que a veces eran 100.000 pesetas, pero si se podía y cuando se podía, de vez en cuando. Así estuvimos dos años. Cuando nos incorporamos a La Laguna, yo tuve que renunciar a mí cátedra de instituto que era lo único que yo tenía...

T.A.P.—Tuvimos, tuvimos...

Y.A.S.— ... tuve que renunciar a mi cátedra de instituto para quedarme de PNN [Profesor No Numerario] de la Universidad de La Laguna. Pasé de ser catedrática de instituto que, en aquel tiempo, era mucho más importante que hoy, bueno, era el estatus más alto que había por aquí.

«La Universidad de La Laguna no entendió nunca que nosotros éramos otra cosa y ese fue uno de los problemas por los que no se pudo hacer una única universidad»

Me quedé solamente con el dinero que me empezó a pagar La Laguna como PNN de la Universidad, con todas las posibilidades de que nunca llegara yo a ser profesora de aquella Universidad, porque entonces entré en la lucha de los PNN de aquella época, que a la gente de ahora le suena a chino, pero fue duro. Como profesores de la Universidad de La Laguna, si íbamos a las reuniones de Departamento —las reuniones empezaban a las 9 a.m. y terminaban a las 4 p.m.— nosotros no podíamos llegar a las 9 a.m., porque no había barco para ir, entonces llegábamos a las 11:30 a.m., corriendo, corriendo... A las 4 p.m., nos decían: “se ha acabado por hoy, seguimos mañana por la mañana”. Nosotros no podíamos seguir por la mañana porque no teníamos dónde quedarnos a dormir y, claro, nos volvíamos a Las Palmas. La Universidad de La Laguna no entendió nunca que nosotros éramos otra cosa y ese fue uno de los problemas por los que no se pudo hacer una única universidad. Todo eso yo lo sufrí en carne propia. Nunca concibieron que éramos lo mismo, nosotros éramos “los de Las Palmas”, y, si podíamos, íbamos, y si no podíamos, no: que había una convocatoria a las 9 a.m., “es que no llego, que no hay barco”, “no importa, pues no vengas”. Eso era así y, por eso, llegó un momento en el que todos nos fuimos convenciendo, hasta los que éramos súper altruistas y pretendíamos una universidad única y maravillosa de Canarias, hasta decir: “mira, o nos separamos o no nos dejan vivir”. ¿Verdad?

M.T.T.— Era un momento heroico. Porque, efectivamente, teníamos la oposición rotunda, a todos los niveles, de la Universidad de la Laguna. Ahí está la hemeroteca con aquellas manifestaciones gigantescas [en Tenerife], no absteniéndose, sino en contra de la creación de la Universidad.

T.A.P.— Además, hay una cosa que yo creo que también debemos recordar. Nosotros éramos un Colegio Universitario —que era lo que legalmente y en aquel momento se podía hacer— adscrito a la Universidad de La Laguna. Adscrito. La Laguna no nos asume porque considere que quiere o debe asumirnos, sino porque la ley decía que o La Laguna asumía a su Centro adscrito o el Colegio Universitario desaparecía. Es decir, fue una imposición legal y esa fue la razón por la que nunca nos consideró parte propia; ellos tenían sus centros aquí, que eran los de Empresariales, los de Económicas... pero La Laguna asume al Colegio Universitario porque la ley le obliga y porque, evidentemente, decidir que no nos asumía, algo que podía haber hecho, y suprimir los estudios de Medicina, de Derecho, de Filología y de Geografía e Historia, le suponía un coste de reputación social muy importante, pero es porque la ley le obliga, no porque La Laguna *motu proprio* decidiera asumirnos.

A.M.R.— Ya que salió antes el tema, yo creo, Yolanda, tú que fuiste, digamos, la decana fundacional de Filología, que tuviste la clarividencia de insistir, —además de tener una titulación imprescindible como era Filología Hispánica— de insistir, sobre todo, aunque quizás había menos capital humano para ponerlo en marcha, en la creación de la titulación de Filología Inglesa; sin embargo, ¿no hubo hueco para una Filología Clásica?

Y.A.S.— Era por cuestión del número de alumnos, así como había demanda, cuando se abría... sin embargo, no nos permitían que hubiese esa titulación por la demanda social o por el número de alumnos, ¿te acuerdas, Trini, que fue por eso? [Para crear una titulación se exigía demanda social y expectativas razonables de alumnado potencial].

T.A.P.— Pero perdimos una oportunidad muy grande, porque, aunque el número de alumnos era muy pequeño, eran enormemente brillantes. De hecho, muchos de ellos son ahora profesores de nuestra universidad.

«Yo creo que para Canarias hubiera sido muy importante haber tenido Filología Clásica»

Además, cada universidad concibe nuestra especialidad de una manera y, desde luego, nuestra concepción de lo que era Clásicas en aquel momento era muy diferente de la que tenía la Universidad de La Laguna. Yo creo que para Canarias hubiera sido muy importante haber tenido Filología Clásica.

Y.A.S.— Sí, sí, perdimos esa oportunidad.

A.M.R.— Imaginaba que influía el número de posibles estudiantes; el número de profesores...

Y.A.S.— El número de profesores no influyó.

A.M.R.— ... creo que más o menos habría sido ajustado, porque, al menos cuando yo llegué aquí, había seis profesores de latín y cuatro de griego...

T.A.P.— Sí, efectivamente.

A.M.R.— ... y eso es lo que te iba a preguntar. Realmente, mirándolo retrospectivamente, ¿fue una buena idea hacer esa especie de primer ciclo o primer ciclo *light*, por decirlo así, para poder entrar luego en el segundo ciclo de Clásicas en otra universidad, o hubiera merecido la pena, si hubiera sido posible, crear una especialidad con un perfil diferente al de La Laguna?

T.A.P.— Entonces lo pensaba y hoy lo sigo pensando. Creo que podíamos haber hecho una especialidad con una

concepción distinta, ni mejor ni peor, simplemente una concepción muy diferente a la concepción que tenía La Laguna y que sigue teniendo. Nosotros seguimos adelante con nuestra propia concepción y creo que es un hecho muy diferencial que se refleja en la plantilla que tenemos en la Universidad de Las Palmas, en las líneas de investigación que tenemos y en la formación de los discípulos que hemos tenido, ahora ya menos, porque, evidentemente, no tenemos alumnos de primer ciclo, y por eso no podemos tener alumnos, prácticamente, de tercer ciclo. Es muy evidente, pues, que nuestra manera de concebir la Filología Clásica —lo sabes tú también, Antonio—, es muy distinta, muy distinta de la manera en que lo ha hecho y lo hace la Universidad de La Laguna. Distinta, no digo...

A.M.R.— Pero menos tradicional, por decirlo así, y más orientada posiblemente...

T.A.P.— Mucho menos tradicional.

Y.A.S.— Pero recuerda que siempre tuvimos —y tú sabes, Trini, que es así— mucho interés por la Filología Clásica. De hecho, al crearse nuestra Facultad, tuvimos que introducirnos en el plan de estudios de La Laguna, pero tuvimos que hacer el nuestro enseguida, y lo hicimos el segundo año. Entonces, en ese plan, que fue cuando se introdujeron los créditos, nosotros tuvimos muchísimo cuidado de que ese Primer Ciclo tuviera unos créditos completos de Clásicas para que se pudiera seguir un Segundo Ciclo de Clásicas [en otra universidad] sin que hubiera problema de no tener todos los créditos que se necesitaban para ello. Ten en cuenta que la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria era una Universidad muy “científica”, entre comillas...

T.A.P.— Sí, muy técnica.

Y.A.S.— ... de tal manera que yo lo decía de broma, pero lo decíamos y no nos entendían. Recuerdo estar en el Colegio Universitario con el decano de Derecho, con el decano de Geografía e Historia, con el decano de Medicina... y yo les hablaba de la Filología y ellos se reían y me decían: “¿Filo qué?”.

**«Teníamos una institución excelente, la
Universidad Internacional Pérez Galdós,
pero no la pudimos rescatar»»**

Lo decíamos de broma, pero era algo así. De tal manera que yo hablé mucho entonces con nuestro Rector [Francisco Rubio Royo] para intentar rescatar una institución que teníamos, excelente, que era la Universidad Pérez Galdós, que era una institución como la Universidad Menéndez Pelayo de Santander, y que dependía estatuariamente de la Universidad de La Laguna porque aquí no había universidad. Hablamos con nuestro Rector de la posibilidad de rescatarla, pero él, en aquel tiempo, seguramente con mucho mejor criterio que el mío, pensaba que había sido tan complicado lograr la Universidad de Las Palmas, que me decía: “Yolanda, ¿es que encima me voy a empeñar en querer la Universidad Pérez Galdós?”. Pero la teníamos y Las Palmas la perdió.

T.A.P.— Hubiera sido un apoyo...

Y.A.S.— Mira, en la Universidad Internacional Pérez Galdós en Las Palmas hicimos nuestros cursos de doctorado con los mejores especialistas de Lengua y Literatura de España, allí don Manuel Alvar estaba como en su casa, don Gregorio Salvador, don Francisco Indurain, don Francisco Morales Padrón...

M.T.T.— Esa es la obra de Alfonso Armas Ayala.

Y.A.S.— Sí. Fue una universidad magnífica y en ella nos formamos los profesores de aquí. Pero, luego, con la creación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria se perdió esa Universidad, y lo que en aquel momento se pudo hacer en la Universidad de Las Palmas, fue crear la cátedra Pérez Galdós, pero se creó una cátedra sin dinero y sin sede.

T.A.P.— Y sin medios.

Y.A.S.— ¿Quién se hizo cargo de la cátedra? Yo, primero porque era la única catedrática y la única galdosiana, que lo hacía, y lo sigo haciendo, sin una peseta y sin un folio, solo con la infraestructura de la Facultad de Filología y así, más o menos, sigue.

A.M.R.— Sí, está claro que la universidad no puede vivir ya como una institución que sea estanca con respecto a la sociedad, sino que tiene que haber canales de comunicación.

Pero yo ahora, aunque no soy nada taurino, creo que ha llegado el momento de un cambio de tercio y que tenemos que pasar a uno de los temas que más importancia o que más extensión tuvo en el primero de los debates y es la relación en la actual actividad de un profesor universitario entre la docencia y la investigación. Se tiene la idea de que, aunque, en realidad, las universidades no pueden vivir si no tienen estudiantes, si no tienen docencia, porque entonces serían institutos de investigación o serían otro tipo de cosas, pero no universidades; sin embargo, da la sensación de que el profesorado rehúye cada vez más las tareas docentes y prefiere concentrarse en las tareas de investigación. ¿Creen ustedes que esto es por la diferente valoración que se da en la evaluación, la acreditación y la selección del profesorado a la investigación y la docencia?

¿Porque cada vez nos llegan quizás estudiantes menos motivados y quizás también con menos formación? ¿O quizás también por esa tendencia a concebir la docencia como una especie de arma de castigo para el que no investiga —“no investigas, pues a cargarte de docencia; investigas, pues te quito docencia”— mandando un poco el mensaje de que la docencia, en realidad, es una especie de castigo necesario del que se puede uno librar o no según otras funciones? ¿Qué les parece? ¿Deberíamos darle más importancia a la actividad docente? ¿Está bien cómo está?

M.T.T.—¿Tú dices que hay en estos momentos una mayor inclinación a la investigación que a la docencia por parte de los profesores?

A.M.R.— No, yo digo que hay una tendencia a rehuir la docencia. Por ejemplo, en nuestra área, donde todos nos pasamos de nuestra carga docente, muchas veces da la impresión de que somos o locos o tontos, ya que casi todo el mundo está procurando escabullirse de dar lo más que pueda y nosotros estamos dando más que lo que nos toca.

M.T.T.— Yo creo que no, creo que no. Idealmente, el profesor universitario debería dedicar la mitad de su esfuerzo a la docencia y la otra mitad a la investigación. Teóricamente, claro, porque eso no es siempre posible a la hora de llevarlo a la práctica.

«Idealmente, el profesor universitario debería dedicar la mitad de su esfuerzo a la docencia y la otra mitad a la investigación»

Ahora, yo creo que en nuestra Universidad y, específicamente, en nuestra Facultad son más los profesores dedicados a la docencia que a la investigación y yo creo que

las estadísticas manifiestan claramente ese hecho, que es medible por otra parte. Mi opinión es que el profesor universitario debe dedicarse, en ese equilibrio teórico, mitad a la investigación, mitad a la docencia, y no es posible la una sin la otra. Esa es mi posición.

A.M.R.— Yo también muchas veces me planteo eso, realmente una docencia y una investigación que, de alguna manera, no se retroalimenten son como dos cuerpos extraños, sería como si fuéramos el Doctor Jekyll y Míster Hyde. ¿De qué nos sirve, entonces, una cosa si no la ponemos en relación con la otra? No sé qué opinas tú sobre esto, Trini.

T.A.P.— En cuanto a que los profesores están más volcados a la investigación, independientemente de lo que pase en la Facultad nuestra, es un hecho muy claro que, si quieres seguir progresando en la carrera universitaria, ahora mismo lo que realmente se pide, desde el punto de vista de la investigación, es muy incompatible con una dedicación demasiado grande con la docencia.

«Si quieres seguir progresando en la carrera universitaria, lo que ahora se pide en investigación es incompatible con una dedicación demasiado grande a la docencia»

El hecho de que para ser titular —en la parte nuestra, en Filología— sea necesario tener un mínimo de 30 artículos, de los cuales la mayor parte deben estar publicados en revistas de impacto y, además, tener un libro —que son ahora mismo las condiciones— eso implica, sobre todo en el comienzo de la carrera universitaria, una dedicación a la investigación mucho mayor que la de la fórmula que apunta Maxi del 50% docencia y 50% investigación. Actualmente, si alguien quiere realizar una carrera académica,

bueno, la carrera habitual de empezar como contratado doctor, seguir como titular y acabar como catedrático, durante la mayor parte de la vida universitaria más productiva tienes que estar volcado en la investigación, porque, de otro modo, no es posible. Si se tiene el respaldo de un grupo de investigación muy potente, que, en el caso nuestro, no es posible, pero que, en otras áreas, como en Medicina o Ciencias sí lo es, entonces es posible hacer una combinación más equilibrada entre la docencia y la investigación, porque se trabaja mucho más en grupo. En Filología, la penalización por tener los artículos más de un autor obliga prácticamente a que, desde que entras hasta que tienes un estatus mínimamente consolidado, tengas que dedicar la mayor parte del tiempo, no como se dice ahora a la innovación docente, sino a la investigación, porque si no acabas quedándote en el primer peldaño, porque todos sabemos lo que significa tener 30 artículos y un libro, que se dice pronto, pero ya sabemos la cantidad de tiempo que se ha de invertir en ello. Yo creo que, ahora mismo, las condiciones para la acreditación que tiene la ANECA obligan al profesorado que quiere, no al que voluntariamente decide que va a ser docente o que investiga un poco, sino al que quiere realmente tener una carrera universitaria en un tiempo razonable, le obligan a estar volcado en la investigación.

A.M.R.— Sí, pero ¿no sería bueno también recordar en alguna ocasión a los profesionales de la universidad, incluyéndonos a nosotros, naturalmente, que somos docentes? Es decir, que con independencia de que nos guste más la investigación, de que nos resulte, a lo mejor, gravoso dar clase a unos estudiantes que quizás estén ahora en otros intereses distintos de los nuestros, básicamente, tenemos que hacer eso, porque si no mejoramos lo que es

el interés por la docencia y la calidad docente, eso repercute también en los resultados de la universidad.

T.A.P.— Claro, pero si miramos el anteproyecto de ley para reconocimiento de universidades, los criterios fundamentales son el número de sexenios que se tiene y el número de artículos. Es decir, el que pensemos que haya que dedicarle tiempo y dignificar todavía más la docencia, choca de manera frontal con la idea que hay en el Ministerio de Universidades.

Y.A.S.— Yo creo que las cosas han cambiado bastante, para mal, diría yo, Trini. Porque a mí, que soy mucho mayor que ustedes y que empecé antes, me encanta la docencia y lo pasaba magníficamente bien con la docencia, porque la docencia formaba parte, de alguna manera, de mi investigación, porque yo estaba trabajando temas, materias, aspectos que tienen que ver, por supuesto, siempre.

«La docencia se va burocratizando»

Mi investigación y la docencia nunca estuvieron rotas, desligadas. Ahora, últimamente, con compañeros que tengo ahora, dan una serie de asignaturas que a mí nunca en mi vida me gustaría darlas, porque muchas veces no tienen nada que ver con la especialidad, —estoy pensando en la Literatura, por favor, y tengo una pena terrible por cómo está la Literatura hoy—. Entonces podía hacerse bien, pero según fui viendo y según los últimos años que yo estuve en la Facultad, la docencia se va burocratizando, llenándose de tanto papeleo que resulta que te quitaba muchísimo tiempo. Y la docencia, más que lo que tú haces en clase y trabajas de maravilla con tus alumnos, es lo que tienes que hacer de papeleo previo o posterior que te quitaba muchísimo tiempo. Yo creo que eso es lo que

ha creado ese divorcio que tú dices, pero a mí me parece absolutamente anómalo; en mis tiempos no lo sentí nunca. La docencia es la primera función del profesor universitario, pero, como dice Trini, no te pueden pedir una cantidad tan grande de requisitos de investigación, cuando resulta que no tienes tiempo para esa investigación si efectivamente haces la docencia como tiene que ser, ¿estoy equivocada, Trini?

T.A.P.— No, es así, es así.

A.M.R.— Sí, eso está claro. A mí me pasa lo mismo que a ti y yo me considero, básicamente, un docente y la verdad es que me encanta dar clase, pero también te digo que eso, de ninguna manera, me perjudica en la investigación. Y ya que estamos aquí en un coloquio, tengo que reconocer que las mejores ideas que se me han ocurrido para mis investigaciones se han producido, casi siempre, en dos contextos: o dando clase o paseando por Las Canteras. [Risas].

Ahora quería que pasáramos, aunque sé, Maxi, que tienes una palabra pendiente, pero a lo mejor tiene que ver con esto, porque —¡vaya!, he dicho que no me gustan los toros e iba a decir que Yolanda me ha puesto el toro en suerte— porque lo que quería preguntarles es qué opinan del nuevo sistema de los grados, ¿creen que esto ha sido un revulsivo, una mejora o un empobrecimiento de la formación universitaria? Si no es eso lo que ibas a decir, Maxi, di lo que tuvieras que decir primero.

M.T.T.— Lo que yo iba a decir es que ser profesor universitario es una gran suerte, una gran fortuna...

Y.A.S.— Por supuesto.

T.A.P.— Absolutamente.

M.T.T.— ... y quiénes llegan ahí, llegan porque quieren.

«Ser profesor universitario es una de las grandes suertes que uno puede tener en la vida»

No siempre se ejerce la profesión que uno quiere; por lo tanto, la posibilidad de combinar y de haber sintonizado la vocación con la profesión es una suerte enorme, y ser profesor universitario es una de las grandes suertes que uno puede tener en la vida. Claro, naturalmente, cada uno cuenta la feria según le ha ido: yo estoy jubilado ya, Yolanda también, Trini todavía no..., y, por lo tanto, mi historia es afortunada. Es posible que, efectivamente, las cosas hayan cambiado, pero ser docentes es una suerte grande y, además, en un ámbito —el universitario— donde no ha habido los problemas que sí han tenido otros niveles de la enseñanza en los últimos años. El conflicto entre profesores y alumnos no ha existido en la universidad, no ha existido en nuestra Universidad y no ha existido, creo yo, en nuestra Facultad para nada. Entonces, lo acabas de decir tú, poder investigar o, mejor dicho, poder explicar, poder ser docente de aquello que ha sido objeto de investigación tuyo significa para un alumno que te está oyendo algo novedoso y algo sin parangón.

A.M.R.— Pero, luego, Maxi, hay otra cosa también que yo creo que es importante, que tampoco conviene acomodarse. Lo digo porque, muchas veces, si tienes la suerte de dar clase sobre aquello que te gusta investigar..., pero es que resulta que — Trini ya se está riendo, porque sabe lo que voy a decir— cuando yo llegué aquí yo era un lingüista puro y duro, pero tuve que ocuparme de dar todas las clases de tradición clásica y, si ahora alguien me preguntara, creo que yo ahora diría más bien que mi línea de investigación principal es la tradición clásica. ¿Por qué?

Porque he ajustado mi investigación, sin dejar de ser lingüista, la he ajustado a lo otro. Entonces...

M.T.T.— Porque has tenido una carrera universitaria...

A.M.R.— ¡Claro! Pero porque hay que esforzarse también...

M.T.T.— ... y naturalmente al final logras aquello que has ido buscando durante toda esa carrera universitaria.

«Los grados han supuesto un empobrecimiento respecto al sistema anterior de las licenciaturas»

Efectivamente, todos los que hemos sido profesores universitarios hemos dado asignaturas que nada tenían que ver, o muy poco tienen que ver, con lo que finalmente hemos llegado a hacer.

En cuanto a los grados, coincido con lo que acaba de decir Yolanda. Todas las reformas universitarias han ido a peor, a peor, a limitar, a limitar... han limitado los años de permanencia de los estudiantes en la universidad y, naturalmente, ha reducido la capacidad de aprendizaje y de conocimientos que, al final, han podido tener. Para mí es un empobrecimiento respecto al sistema anterior de las licenciaturas.

A.M.R.— Y tú, Trini, que estuviste en la gestión al más alto nivel cuando se implantó todo esto de los grados, ¿qué opinas?

T.A.P.— Yo creo que el problema de los grados ha sido la diferencia entre el resultado final y lo que se pretendía con ellos cuando fueron creados. Para hacer lo que se pretendía se necesitaba mucho dinero y, cada vez que hemos hecho una reforma tanto universitaria, como de la

enseñanza secundaria o del bachillerato, nos ha coincidido con una crisis económica brutal. Los grados tendrían sentido si nos los planteamos con un número de alumnos reducido por profesor, en el que puedes hacer un seguimiento continuado del trabajo individual de los estudiantes. Lo que no es posible pretender es que, además de que reduces el número de años que tiene la carrera, se tenga que llevar un seguimiento del trabajo individual de cada estudiante, que era lo que en realidad se pretendía con la reforma de los grados, a la manera anglosajona, con sesenta o setenta alumnos por profesor: lo que no puede ser, es imposible. Al final, eso ha redundado en una disminución de contenidos, porque ha habido una disminución del número de créditos y de horas de los que se dispone; una simplificación del tipo de trabajo que puedes proponerles a los estudiantes, porque no puedes realmente profundizar y, muchas veces, al haber reducido el número de créditos —y eso lo sabes tú, Antonio, como yo— tenemos asignaturas en las que, realmente, tenemos conferencias en total de siete horas para explicar teóricamente las fuentes clásicas de la literatura española o inglesa. Milagros es imposible hacer.

«El problema es que los papeles van por un sitio y la realidad va por otra»

Eso lo puedes llevar a cabo cuando los estudiantes han tenido previamente una formación muy importante en las asignaturas que son básicas y entonces llegan a una optativa y tú en siete o en diez horas puedes escoger un tema concreto y dirigir una cosa concreta, pero lo que no se puede pretender es que en esas siete horas recorramos toda la tradición clásica de Hispánicas o de Inglesa. El problema es que los papeles van por un sitio y la realidad va por otra.

A.M.R.— Y luego también porque —a lo mejor lo que voy a decir ahora es políticamente incorrecto—, tú [Trini] has hablado antes de un sistema de corte anglosajón, pero yo me acuerdo de cuando se implantó en la enseñanza no universitaria la LOGSE, y aquello era lo mismo que nos está pasando ahora en la Universidad, y me acuerdo de que muchos colegas nuestros decían: “Bueno, pero esto se acabará en cuanto los estudiantes de la LOGSE lleguen a la universidad y se encuentren con que no tienen nivel y no puedan progresar”, y, claro, de lo que no se daban cuenta es de que iba a pasar lo contrario, es decir, que la Universidad iba a tener que adaptarse al nivel de los estudiantes que venían. Es decir, ¿no será el sistema de los grados la LOGSE universitaria?

T.A.P.— Yo creo que es la continuación....

A.M.R.—... es la continuación, efectivamente, el espíritu de los tiempos...

T.A.P.— Yo creo que es la continuación. El sistema, teóricamente, pretende fomentar lo que se llaman competencias y valorar e impulsar el trabajo personal y autónomo de los estudiantes, pero ese trabajo personal y autónomo de los estudiantes necesita una dirección y un control y eso no se puede hacer cuando tienes cuarenta o cincuenta alumnos.

A.M.R.— Yo tengo que decir como anécdota, aunque, formando parte yo ahora, digamos, del *staff* institucional, quizás no debería decirlo, pero me acuerdo, y tú lo recordarás también, que cuando se implantó el grado en Lenguas Modernas, la idea inicial de la persona que entonces estaba al cargo de esa Sección [encargada de los nuevos títulos en el equipo de gobierno]...

T.A.P.— Me acuerdo.

A.M.R.—... era que se dieran clases en grupos de cien estudiantes y con un 90% de clases teóricas. Aquello no había manera de solucionarlo y recuerdo que yo le dije al rector entonces: “Mira, ¿y qué te parecería si ponemos esto en marcha y dentro de tres días sale un artículo en la prensa, *la Universidad de Las Palmas forma especialistas en Lenguas Modernas en grupos de 100 estudiantes y con el 90% de horas teóricas?*”. Bueno, pues, automáticamente se arregló todo aquello; me imagino que quizás el rector pensaría que ese padre que iba a decirlo iba a ser yo, y que iba a filtrar eso. Lo cierto es lo que tú dices, Trini; la idea es que en los papeles cabe todo, vamos a ponerlo así, pero luego, vamos a seguir como estábamos. Y claro, no puede ser.

T.A.P.— No puede ser.

A.M.R.— ¿Qué les parece si pasamos a la tercera pata del taburete profesional, a la gestión? Maxi, por cierto, tú eres, quizás, el que menos cargos de gestión has ocupado en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

M.T.T.— De los que estamos aquí, sí; de los cuatro que estamos aquí, sí.

A.M.R.— ¿Y crees que eso ha sido una merma en tu currículum o crees que te has librado de una buena?

M.T.T.— No, no ha sido una merma en absoluto. Yo he sido un enamorado de la docencia, me gustaba dar clase y, ahora mismo, si la Universidad me contrata, aun sin pagarme, quiero seguir siendo profesor...

A.M.R.— Transmitiremos, transmitiremos tu intención.

M.T.T.— Toma nota, toma nota, Vicerrector [de Cultura, Deporte y Activación Social de los Campus, presente en el acto]... [Risas].

Y.A.S.— ... pero, ¿haciendo o no el proyecto docente?

M.T.T.— Me encanta dar clase, yo tengo vocación de profesor y quisiera morirme siendo profesor, pero también de investigador, y creo que moriré con las botas puestas en la investigación.

«Me encanta dar clase, yo tengo vocación de profesor y quisiera morirme siendo profesor»

Yo le he dedicado mucho tiempo a la investigación, porque me encanta, porque no sé hacer otra cosa. Pero, además, he tenido la gran suerte de que gran parte de los temas de mi investigación se han convertido en temas docentes; por ejemplo, el español de Canarias, yo he sido en los últimos años y, sobre todo, como profesor emérito, he seguido dando clase de una asignatura que es El Español de Canarias. Mucha gente me pregunta: “¿Y cómo usted, que no habla canario y que no nació en Canarias puede ser profesor de una asignatura de Español de Canarias?”.

A.M.R.— Hombre, pues siendo nosotros profesores de latín, imagínate...

M.T.T.— Bueno, pero tú has dicho muchas veces que el latín es una lengua que se sigue hablando.

A.M.R.— Me has pillado, me has pillado. [Risas].

M.T.T.— Y yo les digo que, a veces, las características dialectales de una modalidad lingüística se advierten mucho más fácilmente desde fuera que desde dentro.

A.M.R.— Eso es verdad.

M.T.T.— Con lo cual, siendo yo dialectal castellano, obviamente, advierto muy rotundamente las diferencias dialectales del español de Canarias. Por otra parte, los temas que yo he tomado como objeto de investigación principal son los de la cultura popular canaria, sobre el cancionero,

sobre el romancero, sobre la toponimia, sobre el léxico tradicional... todo eso me ha nutrido fundamentalmente para hacer la obra de investigación que yo he podido hacer.

A.M.R.— O sea, que, entonces, te has librado de una buena, en resumidas cuentas. [Risas].

M.T.T.— Pues, sí, pero no la he rehuido. Si no ha sido así ha sido por circunstancias momentáneas, pero no la he rehuido.

A.M.R.— Ahora quisiera hacerles una pregunta muy concreta. A otros profesionales todavía en periodo de consolidación de su posición universitaria, ¿ustedes le recomendarían que ocuparan cargos de gestión o que no los ocuparan y se concentraran en la investigación y la docencia?

M.T.T.— Si tienen vocación para ello, adelante; si no tienen vocación para ello, que no se metan a ello.

T.A.P.— Pues yo diría que depende del momento en el que estén. Es decir, si estás consolidando tu posición dentro de la universidad, entonces la gestión no parece conveniente. Bueno, en nuestro caso no fue así, porque nos encontramos con la gestión y no había otro remedio que hacerla. Pero, desde un punto de vista racional, parece sensato que la primera consolidación de un profesor sea la de la docencia y la de la investigación y que, cuando has consolidado tu posición dentro de la universidad, yo sí que creo que, si, como dice Maxi, tienes, si no vocación, por lo menos no rechazo hacia la gestión, yo creo que sí que es necesario implicarse en la gestión. Algunos mucho, otros poco. Hay muchos ámbitos dentro de la gestión universitaria y son muchos los niveles en los que se puede contribuir, pero yo creo que es necesario tener una visión de lo que es la institución y esa solo se tiene cuando sales

de tu pequeño ámbito y acabas teniendo que gestionar intereses muy diversos, que puede ser un departamento y, si ya pasas a un nivel de vicerrectorado o de decanato, evidentemente, todavía se complica más. Yo creo que eso da una visión más completa de lo que es la institución e implica, no voy a decir un mayor compromiso, porque eso no es así —el compromiso de Maxi con la institución es innegable—, pero sí un mayor conocimiento de las dificultades que en un momento determinado se pueden tener a la hora de tomar una decisión.

«Aunque no es una parte tan importante para un profesor universitario como la docencia y la investigación, en algún momento de la vida universitaria se debe participar en la gestión»

No sé si se hace uno más comprensivo, porque ves qué dificultades hay, pero, al mismo tiempo, contribuyes, aunque sea de una manera pequeña, a que la institución continúe avanzando y no se quede anquilosada. Yo creo que la gestión, si bien no es una parte tan importante para un profesor universitario como lo son la docencia y la investigación, que deben ser las primordiales, sí que creo que en un momento de la vida universitaria se debe participar en la gestión.

Y.A.S.— Estoy de acuerdo contigo, Trini. La gestión te quita mucho tiempo.

A.M.R.— Pero aquí venía la siguiente pregunta que tenía yo previsto hacerles y es que quizás ustedes [Yolanda y Maxi], como están en el nivel de eméritos, no están tan metidos en esto, pero ¿no tienes tú, Trini, la impresión de que de un tiempo a esta parte las personas de mayor rango académico rechazan ese tipo de cargos? Nadie quiere ser

decano, nadie quiere ser director de Departamento y, en muchos casos, ni siquiera mucha gente quiere ser vicerrector. Quizá esto tenga que ver con lo que decía Yolanda, es decir, nos hemos metido en tal cúmulo de burocracia, de informes, de contra informes que cualquiera dice: “Pero es que yo no puedo dedicarme a esto y dedicarme a otra cosa” ...

T.A.P.— Pero también hay otra contrapartida. Cuando me tocó acreditar los títulos y renovar la acreditación, si no hubiéramos tenido un equipo que, afortunadamente, yo lo tuve, y una colaboración estrechísima con los decanos, los directores de los departamentos y los profesores de esta Universidad, ahora mismo no tendríamos universidad.

A.M.R.— Eso está claro.

Y.A.S.— Claro que no.

T.A.P.—Creo que es necesario tener un equilibrio.

M.T.T.— Es verdad.

T.A.P.— Cuando Luis Álvarez verifica los títulos por primera vez —probablemente cuando pase el tiempo se lo agradeceremos lo suficiente, a pesar de todos los problemas que tuvo como vicerrector—, pero si él no hubiera verificado los títulos, ahora mismo no existiríamos y si yo no hubiera renovado la acreditación, ahora tampoco existiríamos.

A.M.R.— Eso está claro, pero lo que yo digo es que lo que yo percibo por lo menos es como una retirada que en cierto modo supone poner un poco en cuarentena el grado de implicación de uno con la entidad.

T.A.P.— Sí, está claro que ahora mismo hay un rechazo.

A.M.R.— Bueno, un par de cositas nada más, porque tenemos que ir llegando ya hasta el final. ¿Qué les parece a ustedes esa idea que parece ser que ha impulsado o que está impulsando el actual ministro de Universidades de que no tenga que ser una condición necesaria para ser rector el ser catedrático? Es decir, por una parte, la posibilidad de que el Rectorado se le encargue a gestores externos, como se hace a veces ahora con los gerentes; la otra parte, que es la que no dicen, pero que es lo que seguramente está detrás, es la idea de desjerarquizar el rectorado, es decir, que cualquier persona de la comunidad universitaria, no importa cuál sea su rango académico, pueda ser rector. Eso, ¿qué les parece?

M.T.T.— Bueno, si para ser ministro no es necesario tener una titulación universitaria, si para ser... etcétera, etcétera, etcétera, no es necesario eso, ¿por qué para ser rector va a ser necesario ser catedrático? [Risas]

Y.A.S.— Eso es ironía.

T.A.P.— Sí, sí, como dicen ahora, modo irónico *on*.

Y.A.S.— Esa idea tiene que surgir...

A.M.R.— Esto se está grabando. [Risas].

Y.A.S.— Esa idea tiene que surgir de gobiernos que piensen de esa manera, porque, mira, la persona que es catedrático, —yo no conozco a nadie que le hayan regalado una cátedra, pero es posible que sí— necesita un rodaje...

«Un catedrático necesita un rodaje, necesita un tiempo, necesita una experiencia...»

T.A.P.— No, y más ahora.

Y.A.S.— ... necesita un tiempo, necesita una experiencia, necesita haberlo pasado mal en algún momento y en otros bien, necesita ser persona. El día a día te curte y te curte la vida. Eso de que las personas mayores saben más, muchas veces no es que sepan más, pero el tiempo te da la experiencia y el saber. Y, luego, el grado, pues, tal vez, una persona que se haya esforzado en llegar a un grado alto, nos puede dar idea de que tiene interés por ello, y que tiene interés por mejorar. Y, entonces, tendrá más que aportar que quien no haya tenido ese interés.

A.M.R.— Sí, quizás, también lo que decía Trini, la perspectiva. En realidad, el catedrático ha pasado por todos los niveles y los que han ocupado cargos, pues tienen exactamente una perspectiva de las dificultades.

Y.A.S.— Claro, claro, saben, porque lo han pasado; la experiencia es un grado.

T.A.P.— Es muy complejo en una institución tan jerarquizada como es la nuestra —eso no hay que perderlo de vista—, que alguien que no tenga el mayor rango académico pueda representar y ostentar la posición máxima sobre personas que tienen mayor rango académico.

«Para poder ser rector, yo creo que es necesario ser catedrático»

Yo creo que la distinción ahí no es tanto el que cualquier persona pueda hacerlo, sino que, para poder ser rector, yo creo que sí es necesario ser catedrático, porque implica, como tú dices, Antonio, haber recorrido toda la carrera universitaria y tener, como dice Yolanda, una perspectiva de muchos avatares para poder llegar.

«No hay en las islas una empresa que tenga casi dos mil profesores, casi ochocientos o novecientos PAS y que, además, tenga que organizar, dirigir y velar por casi veintidós mil alumnos»

Y ahora, con la nueva acreditación a catedrático, muchísimo más todavía, porque implica que has tenido que dirigir grupos y que has tenido que dirigir proyectos, con lo cual, aunque no hayas tenido un cargo de gestión en sentido estricto, sí te ha obligado a gestionar personas, es decir, al fin y al cabo, un rector lo que hace al final es gestionar personas y gestionar una institución que, habitualmente, y en Canarias es así, es una de las mayores empresas, desde el punto de vista simplemente empresarial, de las Islas. Es decir, no hay en las Islas, probablemente en otras comunidades quizás sí, pero no hay en las Islas una empresa que tenga casi dos mil profesores, casi ochocientos o novecientos PAS [Personal de Administración y Servicios] y que, además, tenga que organizar, dirigir y velar por casi veintidós mil alumnos. Ese tipo de institución, como somos nosotros, implica tener un conocimiento y una capacidad de gestión de personas. Yo no estoy por reducir los requisitos, pero quizá lo que sería más importante es hacer que el camino hasta la cátedra no sea como es ahora mismo. Ahora mismo va a ser prácticamente imposible que alguien sea catedrático antes de tener cincuenta o cincuenta y cinco años, entonces....

A.M.R.— Resulta curioso pensar que quizás Menéndez Pelayo hoy en día no hubiera sido catedrático nunca, porque se hubiese muerto antes de poder llegar.

T.A.P.— Efectivamente. Por eso digo que quizás lo que tendríamos que plantearnos es una cuestión distinta, pero yo no soy partidaria de reducir los criterios. De hecho,

curiosamente, la razón que se ha dado para esto es que se hace para que las mujeres puedan ser rectoras y las mujeres rectoras han sido las primeras en decir que bajo ningún concepto están de acuerdo con la reducción de criterios. Además, no sé exactamente ahora mismo quién, pero alguien me preguntó que por qué no había mujeres rectoras. Pues no hay mujeres rectoras porque para ser rector es necesario que una persona esté dispuesta a renunciar a su carrera docente e investigadora; cerrar ese capítulo en algunas especialidades de manera definitiva, porque la desconexión en determinadas áreas de ocho o diez años significa que ya no puedes reincorporarte y ya no puedes reengancharte a tu especialidad. Entonces, cuando haya mujeres que quieran hacer eso y que tengan un proyecto, yo estoy segura de que se presentarán y ganarán las elecciones. Es decir, que no es una cuestión de discriminación positiva, yo creo que simplemente hace falta que las catedráticas que hay en esta universidad y en otras tengan la intención y el deseo de ser las que dirijan la institución.

Y.A.S.— Es que es contraproducente, cómo una persona que está empezando una carrera universitaria, que no tiene su carrera culminada, es que entonces no la va a culminar nunca...

T.A.P.— No, no puede.

Y.A.S.— ...porque resulta que, ¿cómo se mete en esta gestión tan alta?, porque no va a ser secretario de un Departamento, sino rector, pues resulta que tiene que abandonar su carrera universitaria; entonces, no va a aprender y cuando deje de ser rector, ¿qué va a hacer? Es una contradicción, un disparate, no solo no estoy de acuerdo, sino que me parece un disparate.

A.M.R.— Otra cuestión también que tiene cierto interés actual, ¿qué opinan de la competencia entre las universi-

dades públicas y las cada vez más numerosas universidades privadas?, ¿creen que es una competencia leal o desleal?, ¿se les exige lo mismo a las universidades privadas que a las universidades públicas?

M.T.T.— A mí, en principio, no me parece mala cosa. Es decir, es el libre mercado el que autoriza y permite esas instituciones. Ahora, no cabe duda, y a las pruebas nos remitimos, que las universidades privadas, las pequeñas, no tienen posibilidad de competir con las universidades públicas en cuanto a la capacidad de recursos; bien es verdad que hay universidades privadas muy prestigiosas, pero en el ámbito de Canarias me parece que han sido irrelevantes.

«Una universidad requiere una cantidad de recursos económicos, humanos, históricos también, que es muy difícil de improvisar y de consolidar»

¿Quién las conoce? Pues muy poca gente, salvo, específicamente, las personas que están allí. Una universidad requiere una cantidad de recursos económicos, humanos, históricos también, que es muy difícil de improvisar y de consolidar. Ahora, que existan, pues sí; a mí me parece lícito que existan y la experiencia en el ámbito internacional nos dice que las universidades privadas están superando, en aquellos ámbitos en que tienen poderío, a las universidades públicas.

A.M.R.— Bueno, en realidad nadie discute que las universidades privadas no sean unos entes útiles o incluso necesarios, la pregunta más bien era si la competencia es una competencia leal o desleal.

T.A.P.— No, para mí es una competencia desleal en cuanto a que los requisitos que se exigen a unas y a otras

no son los mismos. Yo creo, como dice Maxi, que una universidad debe disponer de una serie de recursos.

«Si se nos va a pedir a las universidades públicas unos criterios de rendimiento de investigación y de transferencia, creo que esos requisitos deben ser exactamente los mismos que pidan a las universidades privadas»

No tengo nada en contra de la existencia de las universidades privadas. Me parece, como dice Maxi, que en el sistema económico y social en el que estamos es perfectamente lícito, pero creo que los requisitos deben ser los mismos. Es decir, si se nos va a pedir a las universidades públicas unos criterios de rendimiento de investigación y de transferencia, creo que esos requisitos deben ser exactamente los mismos que pidan a las universidades privadas y, ahora mismo, eso no es así. Ahora mismo, la creación de universidades privadas, en muchos ámbitos, supone simplemente la creación de centros para captar a aquellos alumnos que no tienen la posibilidad de hacer determinadas carreras en la universidad pública y, por eso, el deseo de tener titulaciones fundamentalmente sanitarias, de económicas y empresariales. Siempre que los requisitos sean los mismos y que se nos exija exactamente igual, es decir, el mismo nivel de investigación a las privadas que a las públicas, no tengo ningún tipo de problema en su existencia, porque entonces la competencia será leal.

Y.A.S.— El asunto está en que casi todas las universidades privadas —y tú estabas hablando antes de las que hay por aquí—, casi todas tienen el nivel rentabilidad, la finalidad rentabilidad como prioridad; entonces, una universidad cuyo primer cometido es la rentabilidad económica

ya no se puede medir de la misma manera que la universidad pública. Creo que eso va en detrimento del alumnado y del profesorado; es peor para el alumnado y para el profesorado. Es una realidad que el profesorado de la privada lo es porque no puede estar en la pública, porque en la pública el profesorado está mucho mejor atendido y mucho mejor que en la privada, a la que no le importa si el profesorado tiene tiempo para investigar o no lo tiene... La pública se rige por unos estatutos, pero en las universidades privadas no hay otro regimiento que no sea la rentabilidad. Y es una explotación (perdón, si generalizo demasiado) del profesorado que me parece totalmente horrible, no debería existir.

A.M.R.— Y, ahora, una pregunta para mojarse. ¿Creen que la ULPGC va para arriba o para abajo?, ¿y se les ocurre, o desearían proponer alguna línea de mejora a la vista de la experiencia amplísima que tienen ustedes?

Y.A.S.— Es que ha cambiado mucho la vida. Yo te podría decir, yo que empecé, nací con la Universidad, —nacimos con la Universidad— y estoy en este momento, yo, a lo mejor, te digo con nostalgia y recordando, además, mis tiempos, que está peor, pon tú, pero no es verdad. Las cosas cambian muchísimo y no se pueden comparar unas cosas con otras, tienen un camino y tienen un recorrido. A lo mejor hay cosas que se hacen mejor y a lo mejor hay cosas que se hacen peor y vamos experimentando cada día. Yo creo que la ULPGC ha seguido el camino que tenía que seguir y ha ido experimentando a partir de sus propias equivocaciones muchas veces, pero eso nos pasa a todos. No es fácil subir y llegar, es complicada la vida de una universidad joven que, además, ha entrado en un momento en que nada es maravilloso, ni el dinero, ni estamos en una época magnífica. Entonces tiene que seguir luchando mucho, no sé, pero, tal vez en aquel tiempo éra-

mos más optimistas, más esperanzados, también más jóvenes —hablo por mí—. Las cosas son muy distintas ahora y creo que no podemos hacer una comparación así, ni mejor ni peor, creo que está caminando y está caminando lo mejor que puede y los que están ahora y los que estaban antes siempre han seguido intentado caminar lo mejor que se puede. Yo creo que ha cumplido con su cometido.

M.T.T.— Todo inicio tiene un grado de euforia, de ánimo, de esfuerzo y de entusiasmo que se va perdiendo cuando aquello se va consolidando y ya surge el ritmo de la rutina. Yo tampoco me atrevería a decir si el ahora es peor que el antes o si el antes fue mejor que el ahora.

A.M.R.— Simplemente es si vamos en dirección hacia arriba o hacia abajo.

M.T.T.— Yo creo que sí, vamos hacia arriba, la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria está consolidada. Hace unos días presentamos un libro, fruto del Servicio de Publicaciones de la ULPGC, precioso y magnífico libro en el que yo también tomé parte y donde se conmemoraba los 30 años de la creación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. El libro recoge un acto que para mí fue espléndido y muy significativo, que era la celebración gozosa, poética y musical de los 30 años de una universidad. Y se hizo con la loa y el elogio de unos poetas improvisadores que habían venido de Hispanoamérica, pero que conocían muy bien la Universidad, porque todos ellos habían participado en actos de aquel momento inaugural.

**«Yo creo que sí, vamos hacia arriba, la
Universidad de Las Palmas de Gran Cana-
ria está consolidada»**

Recuerdo las loas, los elogios, los piropos poéticos que dieron a la Universidad de Las Palmas y creo que eso re-

fleja perfectamente la trayectoria de esta Universidad. Yo echo quizá en falta ahora el entusiasmo que había en aquel momento por los cursos extra universitarios o universitarios o paralelos a la docencia reglada. Tú, Antonio, y todos los que estamos aquí, recordamos, por ejemplo, que en aquel tiempo fue posible traer a Eugenio Coseriu, nada menos que a Eugenio Coseriu, —desde mi punto de vista el lingüista más importante del siglo XX.

«Yo echo quizá en falta ahora el entusiasmo que había en aquel momento por los cursos extra universitarios o universitarios o paralelos a la docencia reglada»

El Salón de Actos de Humanidades se llenó hasta el punto de que muchos tuvieron que subir a la parte alta; 230 alumnos y profesores se matricularon en ese Curso, ¿eso sería posible en la actualidad?

T.A.P.— Yo creo que no.

M.T.T.—En absoluto, yo creo que no, pero aquello fue fruto de la necesidad que había en la Universidad de Las Palmas de oír voces tan relevantes como las de don Eugenio Coseriu. Aquel Curso se convirtió en libro — tú has participado también, Antonio, en ese libro— y se convierte en una obra fundamental de la bibliografía de Eugenio Coseriu. Aquello fue fruto de aquel momento, del momento inicial, yo creo que ahora ya no sería posible. Otro hecho. La Universidad de Las Palmas hizo un hito en la Biblioteca, en la formación de la Biblioteca. Efectivamente, partíamos del Colegio Universitario donde no había ni un solo libro. Yo, que para gran parte de mis investigaciones necesitaba libros de fuera, los he podido lograr sin moverme de mi despacho, porque la Universidad se encargaba, a través del intercambio universitario, de

traerme todos los libros que yo pedía, bien porque los tenía o bien porque los solicitaba desde el campus. Creo que la Biblioteca de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria logró un corpus, un depósito récord —no sé si estoy diciendo una tontería— en España. No creo que haya otra universidad que haya logrado tal cantidad de depósito bibliográfico en tan poco tiempo.

Y.A.S.— Y tan bien llevado y tan ágil. Es un ejemplo.

M.T.T.— Y tan bien llevado. Yo siempre he dicho y lo vuelvo a decir ahora, que el servicio más importante y que mejor funciona de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria es la Biblioteca Universitaria.

A.M.R.— Pues, nada, se alegrarán de leerlo cuando se publique el libro. Y tú, Trini, ¿qué opinas?

T.A.P.— Yo creo que una cosa es la vida cotidiana y el día a día que, muchas veces, nos agrisa la perspectiva, y otra cosa es ver la situación con la perspectiva de cómo empezamos y cómo estamos ahora. Creo que todavía no se ha hecho una valoración realmente grande de la aportación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria a la sociedad grancanaria primero y, ahora también, a las sociedades de Fuerteventura y de Lanzarote, con los centros de allí. Es decir, el hecho de que mucha gente pudiera estudiar aquí, que no podía irse —que no podía ir a La Laguna, a pesar de estar tan cerca—, significa que el nivel de formación de los cuadros medios de esta sociedad aumentó de una manera exponencial y ha aumentado de una manera exponencial durante todo este tiempo. No se llenaría el salón de actos nuestro, pero tampoco el de las universidades grandes, porque uno de los grandes males que tiene ahora mismo la universidad en general, al menos las que yo conozco más de cerca, es que hay mucha menos vida universitaria. Pero no solamente aquí;

eso es un signo, como dice Yolanda, es un signo de los tiempos.

«Creo que todavía no se ha hecho una valoración realmente grande de la aportación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria a la sociedad grancanaria»

Hay menos vida universitaria, es decir, hemos montado cursos que antes se llenaban y, ahora, acuden los profesores que estamos allí, los cuatro alumnos y llevas a tu curso, cuando consigues llevarlo. Esa es una de las cosas que debemos tener en cuenta cuando valoramos dónde estamos. Creo que durante estos más de treinta años hemos conseguido muchas cosas, no solamente un servicio de biblioteca en el que, como dice Maxi, cuando necesito un artículo me basta entrar en la biblioteca, pedirlo y, normalmente, a los dos días lo tengo en mi buzón de correo, cuando eso es algo que antes no lograba ni siquiera cuando tenía amigos que me los mandaban fotocopiados. Hoy tenemos grupos de investigación que son absolutamente punteros. Estoy pensando ahora mismo no solamente en el Grupo de Ciencias del Mar cuyo trabajo es muy llamativo, sino también en el Grupo de Ingeniería Experimental cuyo trabajo permitirá poder hacer operaciones de tumores cerebrales sin prácticamente afectación ninguna. Eso es trabajo que se está haciendo en esta Universidad.

«Sin dinero no es posible dar el salto importante que tenemos que dar, pero yo creo que sí tenemos los mimbres para poder hacerlo»

No nos podemos obnubilar solo con la realidad del día a día —muy difícil, porque la situación económica es muy mala, ha sido muy mala en la crisis anterior y vuelve a ser mala otra vez—; es decir, sin dinero no es posible dar el salto importante que tenemos que dar, pero yo creo que sí tenemos los mimbres para poder hacerlo. No tendremos la ilusión que teníamos al principio, pero tenemos mucho mayor soporte y base científica, de formación y de publicaciones que lo que teníamos hace treinta años; eso está claro. ¿Qué tenemos que hacer? Pues, evidentemente, tendremos que hacer —y los equipos rectorales, cada uno en su línea, lo intentan— que la institución camine. Esta institución es muy grande, es como un gran barco, bueno, como un Titanic, y cambiar la dirección de un barco tan grande es algo que se hace muy despacio, es decir, tenemos que procurar estudiar bien las decisiones que tomemos, dónde invertimos los fondos, no dejar ningún área desatendida, porque, muchas veces, el área que, a lo mejor, menos importancia tiene en un momento determinado es justo la que descubre, bueno, como lo que les estaba diciendo del proyecto HELICoiD, o sea, que tenemos que tener una armonía sin dejar de tener en cuenta que debemos invertir también en aquello donde el Ministerio va a invertir fondos, se supone que en cantidades grandes, con el dinero que va a venir de Europa. Creo, entonces, que estamos mejor que hace treinta años, eso sí lo creo, y creo también que estamos peor que lo que estaremos dentro de diez.

M. T. T.— ¡Qué optimismo tan formidable! ¡Qué bien, Trini! Eso que quede escrito con letras mayúsculas cuando aparezca.

Y. A. S.— Ojalá sea así. Es que antes era más fácil ilusionarnos. La palabra “ilusión” que has dicho, Trini, me parece magnífica. Pero es que, entonces, nos ilusionábamos

tomándonos un café en la cafetería o yendo a la Biblioteca y hablando de la investigación que uno estaba haciendo, ir de un libro a otro y acabar diciendo que eso es la investigación, que tú ibas a buscar una cosa y encontrabas otra cita de diez autores más que no habías pensado, y que además te llevaban a otra área y a otro sitio. Éramos poquitos y nos ilusionábamos unos a otros; ahora hemos crecido y somos tantos y se pierde un poco la gente por los pasillos, pero, bueno, eso es normal en el paso del tiempo. Si fuéramos pocos estaríamos peor. Soy optimista como Trini. Pienso que los mimbres los tenemos y que hay que ir despacio, no podemos ir a otra marcha, porque esto no es una tontería, es un barco muy pesado.

A.M.R.— Sí, lo que pasa es que, claro, es verdad que, por supuesto, nadie puede negar la función social y yo diría que el motor que ha supuesto en buena medida esta Universidad para su entorno. Pero el problema es que yo creo que, antes, cuando surgió la Universidad de Las Palmas, las universidades eran otra cosa distinta.

T.A.P.— Totalmente.

A.M.R.— Eran instituciones en las que se enseñaba, en las que se formaba a las personas que iban, en las que se ofrecían unos títulos... Pero es que ahora resulta que las universidades se rigen por otros criterios, lo que decíamos antes, que si el *ranking* de no sé qué, que si los sexenios... y, claro, el problema está en que, aunque tú sigas haciendo a lo mejor lo mismo, más o menos con la misma ilusión que antes, resulta que si no cumples con los requisitos con los que ahora te van a evaluar, pues entonces estás en la cola, y si estás en la cola, entonces resulta que los estudiantes no quieren estudiar ahí... y ese es un poco el tema. Quizás he sido un poco pesimista, pero la verdad es que, como se dice muchas veces, un pesimista es un optimista bien informado, de modo que... en fin, veremos a ver.

Tenemos que terminar ya porque yo creo que nos van a echar de aquí, pero sí querría hacerles una última pregunta con el ruego de que sean breves. Después de su dilatada experiencia y su implicación con la Universidad, que nos ha quedado muy clara a lo largo de todo este debate, ¿cómo resumirían lo que cada uno de ustedes ha aportado principalmente a esta Universidad y cuál es el mejor recuerdo que se han llevado de ella o que querrían llevarse?

M.T.T.— Yo creo que la universidad me ha dado a mí más de lo que yo le he dado a la universidad, me ha dado una vida, una vida entera. Yo me he jubilado con 70 años, he prolongado mi actividad universitaria con seis años más como profesor emérito, por lo tanto, llevo 51 años vinculado a la universidad, primero en la Universidad de La Laguna y ahora en la Universidad de Las Palmas, o sea, la vida entera. ¿Qué me ha dado la universidad a mí? Me ha dado entusiasmo, me ha dado vida. ¿Qué le he podido dar yo a la universidad? Pues todo lo que he podido y lo que he podido ha sido docencia e investigación. La docencia me la han gratificado con el reconocimiento de los seis tramos a los que he llegado y la investigación también se me ha reconocido con cinco tramos. Me ha propiciado la posibilidad de investigar, de asistir a congresos internacionales, me ha propiciado becas para poder hacer esa investigación y ha propiciado también la intervención en la edición de mis publicaciones. Por lo tanto, mi nombre, Maximiano Trapero, estará vinculado siempre, y así quisiera, con el nombre de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

T.A.P.— Pues yo casi repito lo que dice Maxi... A mí la Universidad me ha permitido desarrollarme como persona, no solamente desde el punto de vista profesional y laboral, sino también como persona en todos los aspectos.

«A mí la Universidad me ha permitido desarrollarme como persona, y me ha dado mucho más de lo que yo haya podido darle a ella»

Me ha dado mucho más de lo que yo haya podido darle a ella. Lo que, desde luego, sí he procurado darle siempre ha sido el mayor trabajo y la mayor dedicación que me ha sido posible en cada momento. Y el momento más importante que yo pueda recordar, yo creo que es el de la creación, el de la creación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Para los que veníamos del Colegio Universitario fue algo absolutamente... fue abrir un camino de esperanza y la posibilidad de trabajar por esta sociedad y devolverle todo lo que esta sociedad nos ha dado. Ese para mí fue el momento más importante. Y, después, el del día a día, poder ir a clase, ahora que no puedo, me parece que es uno de los elementos más importantes y más satisfactorios que se puedan tener. Porque investigar se puede investigar en casa, se puede investigar en muchos sitios, pero dar clase solamente se puede hacer cuando tienes a los alumnos delante, el poder hacerlo día a día es algo que hasta que no dejas de tenerlo no lo aprecias realmente de la manera que yo lo aprecio ahora.

A.M.R.— Muy bien. Yolanda...

Y.A.S.— La Universidad es el vínculo más estrecho que tengo, aparte de la familia. Tuve la suerte de poder desarrollar el espíritu de investigación y de docencia que tenía y que hubiera desperdiciado, me parece, y que la Universidad me dio la ocasión de desarrollar.

«La Universidad es el vínculo más estrecho que tengo, aparte de la familia»

He sido muy feliz en todo y creo que no he tenido malos momentos. La Universidad siempre me ha tratado muy bien y yo creo que le he respondido con lealtad, con honestidad, con mucho trabajo, día a día. Creo que no he rehusado nunca un momento de trabajo que hubiera tenido que tener. Creo que la mayor alegría para mí fue fundar, (voy a decir “fundar”, perdón) la Facultad de Filología. Te digo por qué fundar, no ser decana, sino fundar la Facultad de Filología: matricular; decir dónde va este curso, dónde va primero, dónde va segundo, dónde va tercero; decir qué hacemos; y la cafetería si se abre o no se abre... Es decir, no ha sido solo dar clase e investigar, que era lo principal; poner en marcha la Facultad de Filología también ha sido una gran alegría para mí. Yo creo que le he respondido a la Universidad con lealtad, con honestidad, con toda mi alma. ¿Que ella me ha dado más a mí que yo a ella? Yo le he dado mucho y, además, he sido buena persona... apúntalo. [Risas].

A.M.R.— Queda grabado, por eso no te preocupes. Bueno, pues yo no tengo más que, en primer lugar, y puesto que yo estoy aquí en función del cargo institucional que ahora mismo desempeño, darles también las gracias en nombre de la Universidad por todo lo que ustedes le han aportado a la institución, que, desde luego, es más, creo yo, por más que ustedes sean modestos, de lo que la Universidad pueda haberles dado a ustedes. Por otra parte, creo que ha sido un debate ameno, instructivo y enriquecedor y para mí ha sido un placer poder encontrarme de nuevo con ustedes y haber formado parte de este pequeño coloquio. Muchas gracias a todos.

T.A.P.— Gracias a la Universidad por esto.

Y.A.S.— Gracias a ti y a la Universidad.

Álbum de fotografías



Trinidad Arcos Pereira antes de iniciar el *Diálogo*.



Yolanda Arencibia Santana antes de iniciar el *Diálogo*.



Maximiano Trapero Trapero antes de iniciar el *Diálogo*.



Trinidad Arcos Pereira en el Aula de Piedra de la ULPGC.



Yolanda Arencibia Santana en el Aula de Piedra de la ULPGC.



Maximiano Trapero Trapero en el Aula de Piedra de la ULPGC.



Instantáneas de los intervinientes tomadas en el Aula de Piedra antes de iniciar el *Diálogo*.



Instantáneas tomadas en el Aula de Piedra antes de iniciar el *Diálogo*.



Los intervinientes junto al Vicerrector de Cultura, Deporte y Activación Social de los Campus y el Director del Servicio de Publicaciones y Difusión Científica.



Comienzo del *Diálogo* en el Paraninfo de la ULPGC.



Presentación de los intervinientes a cargo del Vicerrector de Cultura, Deporte y Activación Social de los Campus.



Comienzo del *Diálogo* en el Paraninfo de la ULPGC.



Instantáneas de los intervinientes tomadas durante el acto en el Paraninfo de la ULPGC.



Instantáneas de los intervinientes tomadas durante el *Diálogo* en el Paraninfo de la ULPGC.



Yolanda Arencibia Santana durante el *Diálogo*.



Trinidad Arcos Pereira interviniendo en el *Diálogo*.



Maximiano Trapero Trapero interviniendo en el *Diálogo*.



Antonio María Martín Rodríguez durante el *Diálogo*.



Instantáneas de los intervinientes tomadas durante el *Diálogo* en el Paraninfo de la ULPGC.



Instantánea de Trinidad Arcos Pereira durante el *Diálogo*.



Antonio María Martín Rodríguez durante el *Diálogo*.



Maximiano Trapero Trapero durante el *Diálogo*.



Yolanda Arencibia Santana durante el *Diálogo*.



Instantáneas de los intervinientes tomadas durante el *Diálogo*.



Instantáneas del transcurso del *Diálogo*.



Instantáneas de los intervinientes tomadas durante el *Diálogo* en el Paraninfo de la ULPGC.

Trinidad Arcos Pereira



Trinidad Arcos Pereira es catedrática de Filología Latina y una reputada especialista en los ámbitos de la retórica y el humanismo. Coordina, desde su creación en 1991, el Grupo de Investigación de Filología Clásica Juan de Iriarte, y ha sido vicerrectora de Comunicación, Calidad y Coordinación Institucional y rectora accidental de la ULPGC.

Yolanda Arencibia Santana



Yolanda Arencibia Santana es catedrática emérita de Literatura Española y titular de la cátedra Benito Pérez Galdós de la ULPGC desde 1995. Ha sido decana de la Facultad de Filología y Consejera de Educación del Cabildo de Gran Canaria. Es miembro de la Academia Canaria de la Lengua y una referencia internacional en los estudios galdosianos.

Maximinano Trapero Trapero



Maximiano Trapero Trapero es catedrático emérito de Filología Española de la ULPGC. Su investigación se ha centrado en la semántica léxica, el guanche, la toponimia, la poesía oral tradicional y la poesía improvisada en el mundo hispánico, con particular atención a la cultura canaria, actividad infatigable por la que ha obtenido numerosos galardones.

Antonio María Martín Rodríguez



Antonio María Martín Rodríguez es catedrático de Filología Latina de la ULPGC, en la que ha sido decano de la Facultad de Filología y es, actualmente, director del Servicio de Publicaciones. Miembro del *International Committee for Latin Linguistics*, sus principales líneas de investigación son la lingüística latina y la tradición y recepción clásicas.

Diálogo Vivo ULPGC es un proyecto editorial del Servicio de Publicaciones y Difusión Científica de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, que pretende conservar, en formatos audiovisual e impreso, la memoria y la historia de la ULPGC a través del diálogo entre sus protagonistas.

En este segundo volumen de la colección, tres personalidades decisivas en la creación y consolidación de los estudios filológicos en nuestra universidad, Yolanda Arencibia Santana, Maximiano Trapero Trapero y Trinidad Arcos Pereira, dialogan con el director del Servicio de Publicaciones de la ULPGC.

La sesión fue grabada el 28 de julio de 2021 en el Paraninfo de la ULPGC y en ella los tres intervinientes comparten experiencias sobre su vocación filológica, su formación académica, su vinculación como profesores primero con el Colegio Universitario de Las Palmas y después con la ULPGC, las difíciles relaciones con la Universidad de La Laguna antes de la creación de nuestra universidad, la ilusión generada por la presión social y el proyecto de creación de la ULPGC, la creación y consolidación de la Facultad de Filología, el difícil equilibrio para el profesor universitario entre dedicación investigadora y docente, los pros y los contras de aceptar responsabilidades en la gestión, los aspectos positivos y negativos de la implantación del sistema de grados, la competencia no siempre leal de las universidades privadas... y otra serie de cuestiones que no dejarán frío al lector interesado.

